

HACIA EL TERCER REICH

Hacia El Tercer Reich Dr Joseph Goebbels



Joseph Goebbels

Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para Ser Libres

LA LUCHA DEL EJERCITO PARDO DE ADOLF HITLER POR EL DESPERTAR DE ALEMANIA

Las minorías hacen la Historia del mundo toda vez que ellas encarnan, en su minoría numérica, una mayoría de voluntad y entereza.

ADOLF HITLER

LA VOZ DE LOS PERSEGUIDOS 1

El 5 de mayo de 1927 triunfaba la prensa berlinesa: el NSDAP fue prohibido policialmente en el distrito Berlín-Brandenburg. Valiéndose del derecho común -que provenía de la época de Federico el Grande- la presidencia de Policía, que casualmente estaba en manos de un judío, desterró al joven Movimiento de las calles y salas y de la esfera pública en general.

El Partido contaba en ese momento con 1.400 socios inscriptos, en una ciudad de 4.500.000 habitantes. Pero era ya tan activo que los poderes reinantes lo veían, con razón, como una amenaza.

La prohibición se había efectuado, escribía la prensa judía, porque la SA la noche anterior había echado de una asamblea, cubierto de sangre, al digno y canoso pastor Stucke.

Stucke se había dirigido inmediatamente después del hecho, a la presidencia de Policía, para completar su infamia. Unos días más tarde se presentó como orador en una asamblea del Reichsbanner (Estandarte del Reich) 2. Las autoridades eclesiásticas comunicaron, seguidamente que Stucke había sido despedido por indignidad y que no podía llevar ni el título ni la vestimenta de un pastor. Se trataba de un bebedor consuetudinario.

El Dr. Goebbels interpuso recurso ante el Presidente del Superior Tribunal y el Superior Juzgado en lo Contencioso-Administrativo. Inútilmente. El procedimiento fue dilatado porque el señor presidente de Policía de Berlín solicitaba constantemente la prolongación del plazo, argumentando que necesitaba tiempo para aportar el material necesario.

El Dr. Goebbels exigió que se le citara ante el juez. No se atrevieron a ello.

Durante once meses, hasta el 1º de abril de 1928, el Partido permaneció prohibido en Berlin. En este tiempo Der Angriff 3 fue la voz de los perseguidos.

1 Introducción al primer capítulo de la reedición de 1936 (N. Del T.)

- 2 Organización bolchevique (N. del T.)
- 3 El Ataque (N. del T.)

I

LUCHA POR LA IDEA

¡NOSOTROS EXIGIMOS!

El pueblo alemán es un pueblo de esclavos. En materia del derecho de gentes ocupa una categoría inferior a la de la última colonia de negros en el Congo. Se nos han quitado todos los derechos de soberanía, y ahora somos lo suficientemente buenos para el capital bursátil como para llenarle sus bolsas de dinero con plata de intereses y porcientos. Esto y no otra cosa es el resultado de una historia heroica de muchos siglos. ¿Hemos merecido esto? ¡No ! No!

Por eso exigimos: que se proclame la lucha contra este estado de oprobio y miseria; que los hombres en cuyas manos entregamos nuestro destino tengan por justo cualquier, pero cualquier medio, para romper las cadenas de la esclavitud.

En nuestro pueblo hay tres millones de seres humanos a quienes se les niega trabajo y pan. Los hombres públicos, es verdad, pretenden ocultar con engaño este estado deplorable. Hablan de saneamiento y franjas luminosas en el horizonte, y mientras a ellos día a día les va mejor, a nosotros día a día nos va peor. Cada vez más se desvanece la ilusión de libertad, paz ,y pan, que se nos mostró con engaño cuando quisimos tomar en nuestras propias manos nuestro destino. El derrumbe total de nuestro pueblo será el final de esta política irresponsable.

Por eso exigimos: para todo alemán productivo el derecho al trabajo y al pan.

Mientras el soldado del frente defendía con su vida a la Patria en las trincheras, vino un cualquier mal negociante judío y le quitó casa y campo. Ahora el judío está sentado triunfante en los palacios, y el proletario, el combatiente del frente, vive miserablemente en covachas, para las cuales la palabra “habitación” no cuadra. Esto no es ni necesario ni inevitable, esto es una injusticia que clama al cielo. Un gobierno que mira esto pasivamente no sirve y debe desaparecer. Cuanto antes tanto mejor para nosotros.

Por eso exigimos: vivienda para los soldados y los trabajadores alemanes. Si falta dinero para construir, entonces echad fuera del país a los intrusos, para que los alemanes puedan vivir sobre el suelo alemán.

Nuestro pueblo crece, otros pueblos desaparecen. Significa el fin de nuestra historia si mediante una moral cobarde, podrida, se nos quita la nueva generación que será llamada alguna vez a terminar nuestra misión ante la historia.

Por eso exigimos: tierra, sobre la cual crezcan granos, para alimentar a nuestros hijos.

Mientras soñábamos y dormíamos o perseguíamos extrañas quimeras irrealizables, se nos ha robado nuestro patrimonio. Se afirma hoy que esto fue un fenómeno fatal. Pero ello no es así: el dinero sólo pasó de los bolsillos de los pobres a los de los ricos. Esto es engaño, desvergonzado y vil engaño!

Sobre esta situación de pauperización triunfa un gobierno que en el interés del orden y la tranquilidad no se puede caracterizar más perfectamente. Si representa intereses alemanes o más bien los intereses de nuestros verdugos capitalista, decidir al respecto lo dejamos a cada cual.

Nosotros, empero, exigimos un Gobierno del trabajo nacional, hombres de Estado que sean hombres y para quienes la creación de un Estado alemán sea objetivo y razón de su política.

Todos tienen algo que decir en Alemania, el judío, el francés, el inglés, la Liga de las Naciones, la Conciencia Universal y el diablo sabe quién más, solamente el trabajador alemán no. Debe agacharse y trabajar. Cada cuatro años elige de nuevo a sus verdugos y cada vez todo queda como era antes. Esto es injusticia y engaño. Esto no necesitamos sufrirlo ya más. Tenemos el derecho de exigir que en Alemania sólo tenga algo que decir quien como alemán colabora en la existencia del Estado, y cuyo destino está encadenado al destino de la Patria en la fortuna y en la adversidad.

Por eso exigimos: ¡destrucción del sistema de explotación!

¡Que venga el Estado de los Trabajadores Alemanes!

¡Alemania para los alemanes!

25-VII-1927

¡NOSOTROS NO CAPITULAMOS!

Cuando hace un año comenzamos, éramos un pequeño grupito de algunos cientos de hombres, desesperando del presente y divididos en la vida política diaria; de todos los sectores habíamos venido, el que tenía estudios de la derecha y el proletario de la izquierda. Cuando comenzamos; entonces no osamos esperar del cielo que tan pronto nos haría la gracia de obsequiarnos con el odio de nuestros enemigos en tan profusa medida. Pobres ilusos éramos, no adiestrados en las luchas por los pesbres que desde 1918 se llama política en Alemania. Sin conocimiento de los peligros que acechaban a nuestro derredor y sospechando apenas que fuera peligroso amar a un pueblo esclavizado y defender su libertad. Así comenzamos.

Más de uno sonrió y más de uno rió. Pero además de ser tan pocos, sin importancia y sin rango, a nuestro lado no había una prensa fuerte, no teníamos ni una organización ni el dinero con el cual generalmente se levanta algo así. Silenciosamente y sin alharacas nos pusimos a la obra, cada cual en su puesto. El uno predicaba en la fábrica, el otro en la oficina y el tercero desde la tarima elevada de la reunión popular. Cada cual cumplió con su deber, y así resultó una obra. Lo que creamos surgió por fuerza bien propia.

Nadie nos ayudó, nos hemos ayudado nosotros mismos.

Y bien pronto cesaron las risas. Se comenzó a calumniarnos y a insultarnos. ¡Cuánto nos alegramos de ser ensuciados por los aniquiladores de Alemania! Contra su resistencia nos hicimos grandes y fuertes. Cuanto más se nos enlodaba, tanto más duros se volvían nuestros rostros, tanto más terca nuestra voluntad de seguir hasta el final el camino reconocido como justo. Sabíamos dónde habíamos comenzado ¡sólo Dios sabe dónde alguna vez terminaremos!

Cuando la persecución y la calumnia no lograron nada, entonces se nos lanzó el terror rojo al cuello. Nos encontró enhiestos como combatientes. No buscamos el terror, pero cuando nos quiso derribar a golpes, entonces lo recibimos con caras desesperadas y puños cerrados. Salones del Pharus, Spandau, Lichterfelde-Este, éstos no eran sucesos del ataque, éstos eran aún actos de defensa y de autoafirmación. Si el adversario había creído poder aniquilarnos de esa manera, se equivocó: crecimos y nos unimos más estrechamente.

Ahora el adversario lanzaba espumarajos de ira. Donde fracasaban medios normales, allí recurrió a la arbitrariedad y a la ilegalidad. Golpeó en la cara a su misma doctrina y dictó la prohibición.

Ahora ya no existimos más. No estamos ya. Un plumazo nos ha borrado de la lista de las realidades. Nos hemos vuelto anónimos. Ya nuestro nombre y nuestro signo hace temblar a la República. ¿Quién de ustedes hubiera creído jamás que fuésemos tan fuertes?

En la desesperación nos erguimos y nos volvimos fuertes. Si hasta ahora defendimos lo que ya no podía ser salvado, ahora saltamos más allá de la defensiva y atacamos.

¡Devolvednos nuestra Patria! Si todos se colocan sobre el terreno dorado de las “realidades”:

¡Nosotros no capitulamos!

¡No nos retractamos! No tenemos nada de qué arrepentirnos, seguiremos luchando:

¡golpead: golpead! Sólo martilláis, dura como el acero, la terquedad dentro de nosotros.

Nos hacéis muy grandes en el amor y grandes en el odio. ¡Nosotros no perdonamos!

¡No tenemos nada que convenir con ustedes! Nosotros tampoco conoceremos alguna vez el perdón, así como ustedes no conocieron el perdón cuando nos persiguieron!

Recién estaba uno frente a mí, volvía de entre las rejas, pálido, desgarrado y vejado.

Había ofendido la majestad sanctasantorum de la República. Había osado afirmar que no era cierto que la libertad, la belleza y la dignidad imperaban en Alemania, Había dicho la verdad.

Una celda ha quedado vacía. ¿Quién irá mañana a su lugar detrás de barrotes de hierro?

Frente a esta pálida cara lo he jurado:

¡Nosotros no cedemos! ¡Nosotros no nos agachamos! ¡Nosotros no capitulamos!

3-VII-1927

EMPEZANDO EL NUEVO AÑO

Mirad hacia atrás:

Un año de lucha está detrás nuestro. Preocupación y apremio, cárcel y persecución infligió un destino benévolo en medida superabundante sobre nuestras filas. Si se mide el valor de un Movimiento por el grado de odio que muestran los destructores del pueblo alemán, podemos salir airosos. Tímidamente entramos en el año 1927. Todos sabíamos que exigiría de nosotros algo grande, casi inhumano. Mirando hacia atrás, podemos decir con orgullo y satisfacción: ¡hemos salido airosos! El destino no nos ha vencido! Al enemigo, dondequiera que se acercó furtivamente y trató de conmovier nuestras filas, le hemos mostrado los dientes. Hemos luchado, derechos, intrépidos y leales. Ni una sola vez la persecución que cayó sobre nosotros nos ha visto pequeños y cobardes.

El año 1927 fue el de las fermentaciones y clarificaciones. Los frentes se han reconocido mutuamente. Si había un elemento valioso con el adversario, se ha desprendido bajo nuestro choque poco a poco, pero seguramente, y si aún no puede reconocer el camino que lo llevará a nosotros, lo encontrará lentamente con la inexorabilidad de una ley natural. Porque llevamos tan claramente y sin compromisos nuestra fe al pueblo, por eso se comienza ahora a tener fe en nosotros.

Durante doce meses hemos abierto la tierra y arrojado la joven simiente en los surcos pardos. Más de un sembrador salió y esparció la semilla. Y ahora la tierra empieza a germinar. El viento señala buen tiempo y se aproxima la cosecha. Nunca jamás las estrellas del cielo vieron una estirpe joven tan llena de valor y fe y esperanza. ¡Hemos salido airosos ! ¡La mano de Dios estuvo sobre nosotros!

Mirad adelante:

Un año de lucha está delante de nosotros; El que está en la fila sabe lo que esta en juego. ¡Todo! ¡Todo! Lo que antaño presentíamos y sentíamos, hoy lo sabemos y somos capaces de decirlo. Y así, sin apoyo ni respaldo. sostenidos por las propias fuerzas, formamos para el golpe decisivo.

Nuevas persecuciones caerán sobre nosotros. Nos volveremos más grandes. Así crecerá la medida de la opresión hasta que alguna vez se hará insoportable. Por eso nos alegramos que sea así y no lo deseamos de otra manera. Si el destino permite que el gran apremio venga sobre nosotros, entonces también nos dará la fuerza para superarlo. El valor de un hombre y también el de un Movimiento se define por la magnitud de la desgracia que les sobreviene y por su capacidad de superar esta desgracia.

Nunca la historia dio grandeza sin un sacrificio igualmente grande. Por eso arriesgamos todo para ganar todo. El nuevo año seguirá eligiéndonos y juzgándonos. Más nítidamente se delimitarán los frentes políticos; el trigo será separado de la avena. Los fuertes se volverán más fuertes y los débiles más débiles y cobardes. Y como los más esforzados, atraeremos como un imán todo el valor hacia nosotros.

Esto lo sabemos con profunda convicción: el nuevo año será el primer año de la cosecha. La semilla comienza a germinar y ya se hará evidente que fatiga y lucha no fueron vanas. La sangre no se vierte por nada. También los cuatro muertos del año que expiró tienen un derecho y a cumplir este derecho estamos prontos.

¡Camaradas de Berlín! ¡El Partido está prohibido! Las banderas cuelgan cansadas y pesadas del asta, y al abanderado pronto se le hará demasiado largo el tiempo. A más de uno vio alejarse. El uno yace ahora con la cabeza vendada o el cuerpo doliente en el hospital; el otro mide con grandes pasos en un eterno ir y venir una estrecha celda.

Amenazan juicios, penas de acuerdo a la ley judeo-“romana”, persecuciones, apremios; sobre nuestras cabezas se agita frenéticamente la cachiporra de una soldadesca de Dawes vuelta feroz, y no se ve el fin de tantos males. ¡Pero el espíritu vive!

Y entonces os pregunto: ¿habéis consagrado el año que está detrás vuestro, ante Dios y los hombres, a la Patria? Yo sé que podéis decir que sí. Pues nada habéis hecho para vosotros. ¿Y quisiérais prescindir de una hora en este magnífico año, en que plantamos el Estandarte en esta ciudad?

Yo sé, vosotros decís no y me daréis la mano porque así continúe siendo.

¡Y ahora alzad el paso y entrad valientemente al nuevo año! ¡Pueden prohibir las banderas! ¡Nosotros las izamos en los corazones!

¡Arriba y adelante!

¡Pensad en la Patria!

¡Viva Adolf Hitler!

2-I-1928

SABER ESPERAR

No hay nada más sencillo, satisfactorio y reconfortante que, a la cabeza de un joven grupo activista, practicar política de puño, hablar y actuar como lo manda el corazón, llamar un sinvergüenza sinvergüenza y a un estercolero estercolero, dar una bofetada de ser necesario a un mentiroso, traidor y canalla notorio, decir y también hacer lo que toda persona decente piensa y siente; en suma, proceder con toda franqueza. Más difícil es ya, acercarse sigilosamente desde la emboscada a la víctima, rondar como el gato la papilla caliente, poner buena cara al mal juego, cerrar un puño dentro del bolsillo y apretar sólo para sí los dientes y sisear “¡canalla!”.

Pero lo más difícil es como fiero lobo ponerse la piel de cordero, colocarse la máscara del hombre vulgar, ser indiferente entre indiferentes cuando por dentro arde un volcán, cuando día tras día y hora tras hora te persigue el diablo y quisieras a veces estallar en un insensato aullido de rabia por odio y sed de venganza. Pero también esto debe ser aprendido. Un revolucionario debe poder todo. Prueba de espíritu revolucionario no es solamente el pegar, sino el pegar en el momento justo. Estar pronto es todo. Ir a parar a las cárceles, ser prohibidos y derribado a golpes de cachiporra, eso al final lo puede cualquiera. Pero desencadenar pasiones volcánicas, despertar erupciones de ira, poner en marcha masas humanas, organizar el odio y la desesperación con cálculo glacial, por así decir con medios legales, esto distingue al revolucionario del subversivo. Yo sé, esto huele a compromiso. Pero decidme otro camino para ir al cuello del enemigo y cuando él quiere golpear, quitarse amablemente el sombrero y susurrar: ¿qué te he hecho de malo?

También la revolución ha de ser organizada. Si la revolución no significa otra cosa que irrupción de una nueva postura anímica con contenidos espirituales y políticos de dirección distinta, y cuando el revolucionario está convencido interiormente en forma tan inmovible de la validez y necesidad de esta irrupción que de ser necesario estaría dispuesto a sacrificar por ello su vida, entonces también encontrará medios y caminos para poner en marcha prácticamente esta irrupción. Las revoluciones tienen su característica en estos contenidos mismos, nunca en sus métodos. Las posibilidades de realización son mutables. Inmutable solamente ha de quedar lo que debe ser realizado. La crisis de la vida político-económica alemana que hoy sacude en conmociones internas prolongadas a nuestro pueblo, es para nuestro desarrollo la época más fructífera, pero también más peligrosa. Porque somos activistas, nos parece que las cosas avanzan con extrema lentitud. Siempre estamos a punto de activar y perdemos entonces la paciencia y sabiduría de la acción, queremos suplir con valiente “rompe y raja” lo que la evolución natural de la crisis frecuentemente nos retiene en forma tan cruel. Y he aquí: donde uno quiere echar a correr, se siente detenido por el que marcha adelante. Donde uno quiere gritar, su vecino le cierra la boca contorsionada por la ira, ¡Sí, esto es insoportable! Pero más insoportable para el que está a la cabeza que para aquél que marcha en las filas. Allí cada cual lleva su paquetito, pero el de arriba tiene que llevar también una parte de todos estos paquetitos y tiene que llevar el suyo propio además. ¿Creen ustedes que a nosotros no se nos contraen también alguna vez los dedos? ¿No saben que nuestra pluma una y otra vez quiere escribir palabras distintas a las que permite el intelecto que analiza fríamente? ¿Es que no oyen ustedes que la voz quisiera hablar de otra manera que la que permite la reflexión calculadora?

¡Saber esperar! Esto es lo importante ahora. Para los de arriba y para los de abajo. Creer en la fuerza revolucionaria del Movimiento, aunque transite honesta y pacíficamente sus senderos aparentemente burgueses. No son los vengadores más eficaces los que bañan su odio en ira y sangre. Lanzarse fríamente al pellejo del adversario, tantearlo, espiar dónde está su punto vulnerable, afilar la lanza ponderada y calculadamente, con exacta puntería introducirla en el flaco descubierto y decir quizás por encima, sonriendo amablemente: disculpe, señor vecino, pero no puedo de otra manera! Esto es aquel plato de venganza que se saborea fríamente.

Sí, dices tú, pero los comunistas sí son terribles, esos arremeten como Blücher. Ciertamente, también yo lo sé. Pero ellos se pueden dar el lujo. ¿Has visto alguna vez que un presidente de Policía berlinés mandase parar la cachiporra de sus soldados cuando caía sobre nuestras espaldas? Una revolución que goza de la benevolente protección de los poderes que ella combate, no es una revolución, sino una revuelta.

Acá el espíritu de irrupción se sustituye por el sucedáneo de un método radical tolerado oficialmente.

¡No, no! Así no llegamos a la meta. Se trata ahora de organizar las fuerzas que están movilizadas en nuestras filas. ¡No hablen mucho, sino trabajen! Aprendan a tener convicción sin estruendo. La espera nos aprovecha mejor que a los que queremos destruir. El tiempo trabaja por nosotros. y si trabajamos mano a mano con el tiempo. entonces podemos observar confiada y tranquilamente cómo el enemigo empieza a cocinarse en su propia grasa.

¡Aprende a callar!

Así reza el primer mandamiento del revolucionario.

¡Aprende a esperar!

Así reza el segundo mandamiento del revolucionario.

Trabajar es el imperativo de la hora. Y luego, ¡esperar en silencio!

18-11-1929

LA VIEJA GUARDIA

Sólo aquellos que han participado desde el comienzo de la lucha por la validez de nuestra idea y con ello por la venidera re- -liberación del Pueblo y de la Patria, pueden apreciar al presente qué camino ha dejado tras sí nuestro Partido y cuán maravillosos son todos esos grandes éxitos que ahora tenemos que consignar día a día. Pero si hace apenas tres años que aun éramos un pequeño puñado de sectarios luchando desesperadamente, que del gran público sólo recibían glacial menosprecio y en el mejor de los casos, sarcástico rechazo. Ninguno de nosotros creyó entonces en la posibilidad de que ya tan pronto nos conquistaríamos combatiendo nuestro lugar como factores de poder político, y hubiera sido objeto de risa el que hubiera osado predecir lo que ahora ha llegado a ser casi natural para nosotros. Aun recordamos vivamente aquel Congreso Regional en el año 1927, donde señalamos como objetivo de nuestra lucha la consigna de negar dentro de dos años ser capaces de llenar el Sportpalast (Palacio de los Deportes), por lo que no cosechamos sino risas incrédulas. El Movimiento crecía y crecía. Iba de éxito en éxito, y hoy se le nombra junto con los partidos de masa de la capital del Reich; en primer lugar. Si alguien ahora, atraído por nuestros éxitos, encuentra el camino al NSDAP., por lo general no puede apreciar la enormidad de trabajo, sacrificio, privación y entrega que fueron puestos en esta ascensión. No puede imaginarse que alguna vez fue distinto de lo que es ahora, y que a pesar de ello entonces hubo hombres y mujeres que creían inquebrantablemente en la misión del Movimiento y no sé dejaban desanimar por ningún fracaso en su tarea.

Los que en tiempos pasados sacaron el Partido de sus comienzos y le allanaron los caminos hacia los más modestos éxitos son también aun hoy, los portadores principales del Movimiento. Se los encuentra en las distintas estructuras de la Organización, como dirigentes de sección y de la S.A., como redactor-jefe y cajero, como jefe de célula o también como simples hombres de la SA. Como entonces, así cumplen hoy día tras día con su deber, sin exigir honor para sí y sin llamar la atención. Así como el fracaso de otros tiempos no pudo desanimarlos, así el éxito presente no puede desconcertarlos. Siguen siendo leales a sí mismos y a su misión. El Partido, empero tiene en ellos un baluarte inmovible. Son su columna vertebral y su sostén, en ellos rebotan todos los ataques, mentiras y calumnias; ellos son la muralla china, tras de la cual está la tierra santa de nuestra idea.

Por lo general son gente sencilla y modesta, y muchos de ellos no saben manejar la palabra con elegancia y gallardía. Su palabra es la acción y su fuerte el carácter. Encontraron ya tempranamente el camino al Partido, porque reconocieron sólo en él voluntad política y sentimiento socialista de comunidad. Vinieron por lo general del marxismo, habían pasado por todos los abismos de su esencia desarraigada y descastada y encontraron luego, al final, el portón de entrada a la salvación germana. Para ellos la palabra socialismo no era una mera frase, la designación Partido de los Trabajadores no una expresión vacía. Cómo entonces, creen también hoy con fervor en la realización de su anhelo, en la consecución mediante la lucha de un Estado Nacional-socialista alemán, por el que expusieron su vida centenares de veces y por el que, mientras tengan un último aliento, estarán prontos a seguir luchando y a morir.

Ahora comienza el torrente de masas al Partido. Los centenares se han convertido en millares y decenas de miles. De la noche a la mañana serán millones y más millones. No todos los que vienen son de corazón puro. Aún hoy seguirían insultando y regañando si los silenciosos no hubiesen abierto una brecha en el frente enemigo, haciendo menos penosa y peligrosa la entrada al Partido. Nadie sospecha, en principio, que un neófito sea un saboteador o un cazador de coyunturas (Konjunkturjäger). Pero a pesar de ello, es necesario cuidar de que en la fuerte gritería de los recién venidos no se pierda el sacrificio silencioso y abnegado de la Vieja Guardia. No queremos salir en defensa de la incapacidad que por cualquier azar ingresó tempranamente al Partido y que ahora quiere reemplazar la falta de eficiencia por los años de su pertenencia al Partido. Pero nuestro saludo va para el valiente hombre de la SA y combatiente político, el jefe de la tropa modesto y cajero diligente que está en nuestras filas desde que es capaz de razonar políticamente, cumpliendo día tras día con su deber, con carácter, circunspección y eficiencia resuelta, y que después en las grandes manifestaciones públicas del Partido está sentado en la última fila, resplandeciente de dicha y satisfacción de que también él pudo cooperar en la obra que ahora está erigida tan magníficamente.

También este pequeño hombre del Partido tiene un derecho a que el Movimiento continúe siendo lo que es, que jamás se deje arrastrar por éxitos de masa a un derrotero falso, que sobre todo su espíritu socialista, cuanto más grande sea, tanto más nítidamente sea desarrollado. Puede y debe exigir de sus dirigentes que continúen marchando por los viejos senderos. Tiene confianza en ellos y los defiende de todo ataque, de toda difamación, lodo, mentira y calumnia. Pero una confianza merece la otra. Ninguno de los de arriba pierde dignidad si aun en la más dura urgencia del trabajo busca siempre y siempre de nuevo el camino hacia el hombre de la masa. Encontrará en él fuerza y nueva abnegación. Quizás llegue el día alguna vez y los ruidosos lo abandonarán de nuevo. Cuide él, pues, de que entonces no esté solo; sino rodeado y protegido por la vieja, férrea guardia del Partido que, como antes, también ahora está pronta a ir con él por montes y valles.

No decimos esto para estafarnos a nosotros mismos con una popularidad barata. Esta la podríamos tener más cómodamente adulando a los muchos y olvidando a los pocos. Lo decimos porque alguna vez ha de ser dicho, y porque al valiente camarada del frente político le ha de ser mostrado que no está solo y abandonado. ¡Cuántas veces le he dado a cada uno de ellos la mano y he visto entonces en sus ojos una dicha luminosa!

Hoy están entre nosotros las masas que han venido y quieren unirse a la marcha. Pero también por sobre ellas estamos unidos, y en espíritu nuestras manos se extienden de aquí hasta allá y de allá hasta aquí.

Los lazos de una idea común nos abrazan a todos, y tanto si uno está arriba como abajo, en fiel camaradería, como hasta ahora, seguiremos marchando hacia el futuro.

Berlín, en la Pascua de 1930

¿QUÉ QUEREMOS EN EL REICHSTAG?

Somos, en verdad, un partido antiparlamentario, rechazamos por buenas razones la Constitución de Weimar y las instituciones republicanas introducidas por ella. Somos adversarios de la democracia, absurdo que trata por igual al inteligente y al tonto, al laborioso y al holgazán. Vemos en el actual sistema de mayoría de votos y de irresponsabilidad organizada, la causa principal de nuestra decadencia en constante progreso. ¿Qué, pues, queremos en el Reichstag?

Entramos al Reichstag para abastecernos en el arsenal de armas de la democracia con sus propias armas. Nos volvemos diputados del Reichstag para paralizar la ideología de Weimar con su propio concurso. Si la democracia es tan tonta cómo para darnos por este servicio de oso, boletos gratuitos de viajes y dietas, entonces eso es cosa suya. Nosotros no nos rompemos la cabeza por eso. A nosotros nos viene bien cualquier medio legal para revolucionar el actual estado de cosas.

Si logramos introducir con estas elecciones sesenta o setenta agitadores y organizadores de nuestro Partido en los distintos parlamentos, entonces el Estado mismo dotará y pagará en el futuro nuestro aparato combativo. Asunto éste lo suficientemente atractivo y gracioso como para probarlo una vez. ¿También nos “aparlamentaremos” en los parlamentos? ¿¡Ese aspecto tenemos!/? ¿Cree alguno de ustedes que si entramos marchando al plenario de la Alta Casa en seguida le ofrecemos el tú a Philipp Scheidemann? ¿Nos tenéis por revolucionarios tan miserables que teméis que ante una gruesa alfombra roja y un hall de dormir bien templado, podríamos olvidar nuestra misión histórica?

“¡El que entra al parlamento se echa a perder ahí!” Cierto, cuando va al parlamento para llegar a ser uno también. Pero si entra con la voluntad tenaz y obstinada de proseguir también aquí su lucha incondicional contra la desmoralización creciente de nuestra vida pública con la desconsideración que le es innata, entonces uno no se “aparlamentará”, sino que seguirá siendo lo que es: un revolucionario.

También Mussolini fue al parlamento. A pesar de ello, al poco tiempo marchó con sus camisas negras sobre Roma. También los comunistas están sentados en el Reichstag. Nadie será tan ingenuo como para creer que quieren colaborar objetiva y positivamente. Y además: si no logramos esta vez hacer inmunes a nuestros hombres más “peligrosos”, tarde o temprano estarán todos en la cárcel. ¿También lo estarán cuando estén en posesión de la inmunidad? Ciertamente, y en el momento en que la democracia crea necesario deshacerse de ellos en última “legítima” defensa; entonces, cuando ella misma se golpea en la cara e instaura abiertamente el terror de la dictadura capitalista, que normalmente sólo ejerce ocultamente. Pero hasta entonces falta un buen tiempo y entretanto los inmunes precursores de nuestra doctrina tienen tiempo y oportunidad suficientes para extender nuestro frente de combate, de modo que la yugulación y el silenciamiento de su prédica pública no podrá realizarse, como sin duda la democracia lo quisiera, así, sin ningún ruido.

Algo más: los agitadores de nuestro Partido gastan regularmente de seiscientos a ochocientos marcos por mes en viajes, para afianzar la República. ¿No es justo entonces que la República compense estos gastos de viaje con un boleto libre? ¿Quién de ustedes vota en favor de que sigamos echando nuestras propias monedas en las fauces del ferrocarril de Dawes, mientras que la República está realmente ansiosa de ayudarnos? ¿Qué esto es el comienzo del compromiso? ¿Creen ustedes que nosotros, que cien y mil veces hemos estado parados frente a ustedes predicándoles la fe en una Nueva Alemania; que docenas de veces hemos arrojado riendo nuestra vida contra la chusma roja; que con ustedes nos hemos abierto paso contra todos los escollos de carácter

oficial y no oficial, creen ustedes, que nosotros que no capitulamos ante ninguna orden terminante y ningún terror, depondríamos las armas ante un boleto libre?

Si sólo quisiéramos llegar a ser diputados, entonces no seríamos nacional-socialistas, sino probablemente nacional-alemanes o socialdemócratas. Esos tienen para repartir la mayor cantidad de mandatos, no hace falta arriesgar la vida por ello, y para entrar en competencia con las luces “intelectuales” de ese partido también alcanza nuestra materia gris.

No mendigamos votos. ¡Exigimos convicción, entrega, pasión! El voto es sólo un auxiliar para nosotros como para ustedes. Pisaremos con paso duro el piso marmóreo de los parlamentos, llevaremos adentro la voluntad revolucionaria de las anchas masas populares, de las cuales, determinados por el destino y determinantes del destino, surgimos creciendo. Nos reímos de la colaboración en un estercolero maloliente. Venimos para limpiar de estiércol.

No debe creerse que el parlamentarismo es nuestro Damasco. Hemos mostrado los dientes al adversario desde los estrados de las asambleas en masa y desde las manifestaciones gigantescas de nuestra guardia parda. También se los mostraremos en la saciedad plomiza de un plenario parlamentario:

no venimos como amigos, tampoco como neutrales. ¡Venimos como enemigos! ¡Como el lobo irrumpe en la manada de ovejas, así venimos nosotros!

Ahora ya no estáis solos! ¡No tendréis alegría con nosotros!

30-IV-1928

PUEDE EMPEZAR

Todavía un amable agitar de manos a la comunidad reunida de los patriotas de Young y cobardes beneficiarios del capitalismo tributario! Mucha suerte para el viaje y “buena leña”, luego se escriben los últimos carteles electorales, se repasan las finanzas una vez más, se pone en movimiento al cuerpo de colaboradores, se transmiten directivas de índole organizatoria y política al equipo de funcionarios. La máquina vuelve a ponerse a prueba, se oye que anda sin fallas y sin objeciones. Ahora, a dejar de lado todos los trabajos que no deben ser terminados indefectiblemente antes del 14 de septiembre. Sobre esta fecha ha de concentrarse ahora toda la fuerza y toda la energía: la cosa puede empezar.

Hemos fijado en Múnich las principales tendencias de esta lucha electoral en largas jornadas de labor. Las listas de candidatos están preparadas totalmente. ¿Qué partido es capaz de hacer lo mismo? En tres horas de deliberaciones con los Gauleiter (dirigentes regionales), fueron determinados los hombres que deseamos volver a ver en el Reichstag. Mientras los otros partidos pelean durante semanas por los puestos cumbres, aquí cada portador de la Organización tuvo la oportunidad de someter a criterio sus bien ponderadas propuestas, y el Führer tomó luego la decisión tras escuchar a sus informadores expertos. Los Gauleiter volvieron a sus distritos electorales. En cuanto aún no ha sido hecho, tornan mañana domingo, con sus representantes del Gau las necesarias disposiciones electorales. El lunes se pone luego en movimiento toda la Organización. Primero despacio, aumentando regularmente en la primera mitad de agosto, llevada a partir del 18 de agosto a su mayor rendimiento, para entrar violentamente con un ritmo vertiginoso al 14 de septiembre.

¡Qué admirable Partido tenemos! Tiene sus propias ideas y éstas son mantenidas por dirigentes que han crecido en la Organización. Ellos a su vez se apoyan en los cuadros disciplinados de la SA, los cuerpos formados de los funcionarios y la ancha masa de los

partidarios. El Partido se financia a sí mismo. Con ello es completamente independiente en medidas tácticas y decisiones programáticas. Donde penetran subrepticamente síntomas de descomposición, son extraídos con un movimiento de la mano. Ya no es posible destruir la organización de nuestra ideología, ya sea que se trate de acometerla desde afuera o de socavarla desde adentro.

Ved cómo los otros se acuclillan juntos, inventan nombres nuevos para sus cadáveres partidarios desmoronados, porque saben que las viejas marcas de fábricas llevan hace tiempo el sello de la bancarrota; cómo van encimando a sus muertos en la esperanza engañosa de que un ser vivo saldrá de allí; cómo se remiten a lo que van a rendir en el futuro, para que a nadie se le ocurra preguntar qué es lo que han rendido en el pasado. Para esto sólo tenemos una sonrisa sarcástica. ¿Por qué habríamos de inventar para nosotros un nuevo nombre? El nombre antiguo, cubierto de gloria y de dolor, no tiene un efecto repulsivo y despreciable sobre las masas que despiertan, sino imponente y atractivo. En nuestra insignia está escrito debajo de nuestro nombre en trazos flamígeros invisibles; pero tanto más arrebatadores la palabra: ¡futuro!

¿Por qué nos habríamos de unir a otros? El fuerte es más potente solo.

Nos hemos hecho grandes apoyados sólo en nosotros mismos. También queremos ingresar al poder apoyados en nosotros mismos. Seguiremos siendo lo que somos y lo que fuimos. No necesitamos cambiar nada, ni concertar alianzas, ni entretener con promesas de un mañana a nuestros seguidores. Estamos frente a ellos, cara a cara, y señalamos silenciosamente el camino hacia atrás que hemos recorrido: está sembrado de sacrificios y de sangre. En sus bordes yacen muertos a montones, sus etapas están señaladas con trabajo, empuje, idealismo, dedicación e intrepidez. En cada señal está marcada la dirección: libertad y pan. Y ante los ojos brillantes de las columnas en marcha ya se vislumbra en la lejanía la meta: ¡Alemania!

No necesitamos prometer nada: nuestros logros hasta el presente dicen más de lo que podrían decir las palabras. Tampoco esta vez apelamos a la popularidad, decimos como hasta ahora inflexible y duramente la verdad, también si causa dolores e inflige heridas. Pero exhortamos a nuestros leales de siempre a poner, esta vez más que nunca, toda su fuerza al servicio de nuestra misión. Pero ¿es que esto es necesario requerirlo? Cuántas veces, cuando en el pasado se nos perseguía, cuando nos reprimían violentamente y nos prohibían, cuando aceptaron el Pacto de Young, mentían al pueblo y nos marcaban desconocidos desde la radio como idiotas alucinados, pisoteaban su propia Constitución contra nosotros y entonces, cuando nos sacaban las camisas, se remitían hipócritamente a su derecho, hemos crispado el puño en el bolsillo y jurado rechinando los dientes: ¡esperar! ¡algún día llegará la rendición de cuentas!

Bien, pues, la primera pequeña oportunidad para ello está dada. Esta vez legal y perfectamente leal a la Constitución. Sabremos aprovecharla. A los embaucadores del pueblo, a los rufianes del capitalismo de Young, a los pingües bonzos, a los traidores a la Patria marxistas y a sus sostenedores del estribo burgueses, les batiremos por las orejas su propia mendacidad hasta que dejen de ver y oír. Estamos prontos. Se da la señal para el ataque: ¡puede empezar!

¡En Philippi nos volveremos a ver!

3-VIII-1910

LLAMADO A LA CORDURA

En vísperas de combates decisivos, en instantes de supremo peligro y acosamiento nos dirigimos a la razón y al sano juicio, preguntamos al funcionario, a la clase media ya las

amplias masas de proletarios: ¿la vida que vais tirando penosamente, es aún digna de ser vivida, o vosotros reconocéis con nosotros la necesidad de cambiar algo fundamental en nuestra catastrófica situación? Hasta ahora habéis acompañado por montes y valles a los cadáveres partidarios burgueses, habéis sacado para ellos las castañas del fuego, os habéis dejado adormilar por su gritería de tranquilidad y orden o dejado apaciguar por su fraseología patriótica barata en vuestra conciencia nacional que se sublevaba, Debisteis sufrir que año tras año se os entretuviera, con promesas, se os prometiera montañas doradas para el futuro: una vez era la “revuelta bursátil” 1, de la cual se os mentía que no se podía hacer nada contra ella, Vosotros callabais y lo aceptabais. Después era la inflación, de la cual se os daba la charla de que constituía un fenómeno natural, enviado por Dios como prueba del destino. Vosotros dijisteis sí y amén. Luego se os apretó dentro de la maquinaria de esclavización del pacto de Dawes, asegurándose hipócritamente que con ello se eliminaría la desocupación. Después se doblegó a todo un pueblo laborioso bajo el yugo de la servidumbre de Young y se enunció con clarines por la radio que con ello se quería dar nuevo impulso a la economía. ¿Y ahora? ¿Y ahora?

Recién ahora reconocéis con nosotros que todo esto era mentira y engaño, simulación de hechos falsos, impostura y maldad. No era inmodificable, aquella revuelta monetaria de 1918. Sólo les faltaba valor a los partidos burgueses para rebelarse. La inflación no era un fenómeno natural, solamente, en esa ocasión los beneficiarios de nuestra miseria se sanaron a costa nuestra. El pacto de Dawes terminó en una espantosa anarquía económica, y el plan de Young ya nos ha traído hasta ahora penas y miseria, hambre y desocupación, una economía devastada y un campesinado arruinado, impuestos masivos tiránicos y la guerra civil latente. Alemania bajo el martillo: este es nuestro destino ¡qué espera en un futuro próximo al Pueblo y a la Nación!

¿Quién os ha llevado por este camino, remitiéndose siempre a la razón y al orden? Los miserables partidos burgueses, que eran demasiado cobardes para salir al encuentro de la amenazante fatalidad, que siempre elegían el mal menor, que alardeaban de sabios políticos realistas y de hecho fallaban en todos y cada uno de los casos. Su razón se ha transformado ahora de la noche a la mañana en insana economía y política. Ellos, que aún ayer porque predecíamos la terrible evolución que ahora realmente se ha producido nos insultaban de ilusos y políticos de catástrofe, están ahora ante la bancarrota de su política. Ellos han causado la catástrofe, la han dejado avanzar a consecuencia de su cobardía que clama al cielo, haciendo caer con ello al Pueblo y a la Nación en una desgracia inabarcable.

Ved. cómo se echan nuevos nombres para escapar a la ira popular que se está levantando; cómo cambian sus marcas de empresa en quiebra, en la errónea creencia de poder burlar de esta manera el juicio en ciernes.

¡Es en vano! Están reconocidos en su cobarde mendacidad, y ahora el pueblo, cien veces mentido y mil veces engañado, pronunciará sobre ellos el juicio condenatorio más aniquilador que jamás haya sido pronunciado en la historia. Ahora se da vuelta la pica. Ahora él tiene la palabra, de quien creían que todo se lo podían permitir impunemente con él: el empresario, a quien con impuestos de locura se impulsaba a la bancarrota, el asalariado, a quien ministros de finanza charlatanes obligaban a la contribución por tiempo de penuria, mientras ellos mismos se hacían aprobar por medio año de incapacidad una pensión de treinta mil marcos, el ciudadano de la clase media, a quien el gobierno vio desplomarse y arruinarse desamparado bajo la lucha competitiva inmoral de las grandes tiendas, ellos tienen la palabra.

¡Toman la boleta 9 y votan a Hitler y su Movimiento!

Pues aquí está la verdad y la claridad, el valor y el espíritu de sacrificio. El NSDAP ha probado en una lucha de diez años que posee firmeza interior, que sus dirigentes son hombres y sus seguidores representan el mejor material de selección que Alemania posee aún en el presente. El Movimiento Nacionalsocialista combate por la libertad de la Nación hacia el exterior y por la formación de una verdadera comunidad socialista alemana hacia el interior. En él los conceptos de nacionalismo y socialismo no son frases huecas, sino la expresión de un profundo sentimiento de responsabilidad moral. Los derechos vitales de los alemanes productores son amparados y protegidos por él como en ninguna otra parte. Rehusa expresar a un pueblo laborioso al servicio de la finanza mundial. Quiere romper las cadenas que en la actualidad mantienen aherrojada a la Nación alemana. Con ello liberará a cada una de las clases y les garantizará existencia, pan y libertad; todo para que Alemania vuelva a resurgir de su profunda desgracia a nueva felicidad y encuentre la senda a un mejor futuro!
17-VIII-1930

1 Alusión a la subversión judeo-bolchevique de 1918. (N. del T.)
¡AL PUEBLO ALEMÁN PRODUCTOR!

“¡La próxima elección tiene que decidir si queremos ser una Nación o una muchedumbre salvaje de interesados!”

Estas fueron las palabras de despedida que el actual ministro de finanzas del Reich, Dietrich, lanzó al anterior Reichstag. Nosotros declaramos por el contrario: no es el pueblo alemán, sino los partidos los que desde siempre no son sino un montón de interesados. Jamás han sido otra cosa, y si el pueblo aun hoy no ha adquirido la madurez de un pueblo estatal, entonces esto es culpa exclusiva de estas chinchas parlamentarias, que nos alimentan con frases en lugar de pan, que vieron en la política sólo una continuación de su negocio privado con medios oficiales y en el electorado sólo un pueblo soberano cuando lo necesitaban en las elecciones, para ser alzados nuevamente con su ayuda en los sillones ministeriales. Y en la actualidad también ellos tienen conciencia de su terrible culpa. ¿Cambiarían si no fuera así sus nombres partidarios y se pondrían nuevos ropajes, para que no se vean sus desvergonzadas desnudeces? Han sido reconocidos. Les arrancamos las falsas vestiduras y mostramos a las anchas masas que en ellas están los mismos viejos defraudadores que quisieran una vez más burlarnos, y que al percatarse de que con el viejo nombre fallido esto ya no es posible, emplean para ello nuevos disfraces.

¡Esto debe terminar! El pueblo alemán trabajador hace tiempo que está cansado de su chalaneo partidario. Toda la vileza e infamia, mentiras y calumnias no los salvan de la gran rendición de cuentas que el pueblo alemán realizará bajo nuestra conducción el 14 de septiembre.

Ellos aceptaron el pacto de Dawes y declararon que el camino al campo libre estaba abierto, que ya se veían franjas plateadas en el horizonte. En lugar de ello quedó evidente al cabo de cinco años que nuestras profecías se verificaban más terribles de lo que aun nosotros habíamos temido. Se produjo la catástrofe. El camino hacia el campo abierto había llevado al pueblo alemán a la oscuridad, y las franjas plateadas se habían convertido en negras nubes de tormenta. Campesino, obrero, empresario y miembro de la clase media, todo un pueblo se desplomó bajo la más terrible carga impositiva que jamás fuera colocada sobre hombros débiles.

Después volvieron a sentarse con el enemigo en la mesa de negociaciones. En París fue urdido el otro veredicto e impuesto con hábil palabrería al pueblo alemán con el nombre de pacto de Young. Ninguna mentira era demasiado barata e infame, debía servir para

echar arena en los ojos de las masas. Nosotros, que acometimos contra el asesinato del pueblo por La Haya, fuimos tratados por ministros que hablaban por radiodifusión como azuciones insanos y obstaculizadores patológicos, El plan de Young, así se decía, daría impulso a la economía, eliminaría la desocupación, aligeraría la carga impositiva, traería tranquilidad y orden y devolvería al pueblo la tan largamente ansiada paz.

¿Y ahora?

Todo el pueblo alemán productor desfallece bajo una presión intolerable, la economía se derrumba, huelgas y despidos sacuden la vida íntegra del pueblo. Los impuestos son aumentados por vía discrecional en miles de millones. En lugar de tranquilidad y orden, anarquía y guerra civil, en vez de paz, subversión y caos latentes.

Young gobierna la hora, En lugar de una comunidad de trabajo productivo somos una masa de ilotas. De Nación ya no se puede hablar, porque al Estado lo han hipotecado en los “tratados” de Versalles, Londres y La Haya, y sobre el pueblo gobierna, en tiranía desvergonzada, un montón despreciable de partidos de cumplimiento y tributo democrático-pacifistas, que se ocupan ¡diablos! del bienestar de la Alemania trabajadora, pero sólo defienden rabiosamente sus propios intereses y beneficios.

Contra esto pues, contra la democracia, que es sinónimo de idiotización de las masas en política interna y tiranía tributaria en política exterior, contra el parlamentarismo, que no es otra cosa que la organización de la estulticia hacia arriba y la falta de responsabilidad hacia abajo, contra el pacifismo, que hacia afuera agita palmas y hacia adentro golpea con la cachiporra de goma, contra el imperio de los partidos, que han sido criados por el sistema “nuevo”-alemán de la corrupción de Barmat y Sklarek, contra todo el abuso y demencia que a partir de 1918 realiza su juego criminal sobre Alemania bajo la consigna “Política”. ¡Esta vez todo el pueblo creador alemán se defiende con el Nacionalsocialismo! El frente de la juventud y de los trabajadores se ha puesto en movimiento. No parará hasta que haya conquistado el Reich!

¡Acudid a las filas, obreros, campesinos, hombres y mujeres creadores! ¡Luchad con nosotros por la libertad y el pan, por la limpieza de la vida pública, por una auténtica comunidad -a lograr mediante la lucha revolucionaria- que afirme nuestros derechos vitales! ¡Por una enérgica política hacia afuera precedida de una política justa hacia adentro! ¡Romped con nosotros las cadenas de la esclavitud y sabed que ello sólo es posible tras la eliminación previa de los beneficiarios y partidos-alguaciles parlamentarios del capitalismo de Young!

¡Pueblo creador de trabajadores alemanes! Una vez más, quizás por última vez, tu destino descansa en tu propia mano. La boleta del voto es tu arma.

¡Defiéndete!

¡Sólo número 9, Nacionalsocialismo, Movimiento de Hitler! ¡La lista del trabajo alemán!

31-VIII-1930

LA ÚLTIMA MENTIRA ELECTORAL

Ahora la cosa se vuelve seria. Una semana más y la decisión caerá. Los partidos se preparan para un combate magno de siete días, tal como la historia electoral alemana apenas lo vió anteriormente. Para los Papas parlamentarios todo está en juego: las butacas, los mandatos y las prebendas, los beneficios y la comodidad, los puestos de ministros y la tiranía económica; una existencia saciada y tranquila en los dormitorios de la casa de la Plaza de la República. Aquí se defienden los derechos más sacros del parlamentarismo: dietas y boleto de viajes libres. Pues, entonces, a acercarse al :populacho elector! Vaciar una vez más el cesto de promesas y ponderar con profusión de palabras y frases a un público admirado, las bendiciones del propio partido. Hasta el

14 de septiembre es menester hacer un supremo esfuerzo. Pero después podemos volver a desaparecer en el foso por cuatro años y dejar que el pueblo sea pueblo.

Los unos temen desaparecer del todo, los otros que serán apaleados y diezmados, regresando cubiertos de heridas y magullones, los terceros se congratulan de salir con “un ojo en compota”, y los cuartos, si conservan su viejo patrimonio, sin aumentarlo. Solamente el Movimiento de Hitler está erguido y pelea por su concepción del mundo. A él no le va en los mandatos, pues ellos son para nosotros sólo medios para el fin, no fin en sí. Pero también por eso seremos el único partido que ganará enormemente en estos comicios, que como único ganador habrá de hacer el cuádruplo, quintuplo o séxtuplo de la carrera. Esto lo sabemos y esto también lo saben los otros.

Ellos no pueden oponer a nuestras acusaciones contundentes pruebas en contra concluyentes. Han perdido la partida de entrada, porque su política ha experimentado un fracaso vergonzoso en todos los campos. Han devastado el Reich, hipotecado el honor de la Nación y vendido el pan del pueblo productor. Ya no pueden ponderarse a si mismos, así deben calumniar al otro para salvar sus ovejas al amparo de la cobarde mentira.

Los venideros últimos días de la lucha electoral harán caer sobre nosotros una avalancha de injurias, de mentiras y calumnias. Ya ahora estamos hasta las rodillas en el lodo que los otros nos tiran. ¡No importa! Nosotros seguimos marchando. Eso les vendría bien a los defraudadores que nos defendiéramos ahora contra sus pequeñas mentiras y olvidásemos entonces llevarlos ante el tribunal del pueblo por su gran mentira histórico-mundial. Para todo el lodo e inmundicia tenemos sólo siempre la misma pregunta:

¿Quién aceptó el plan de Young? ¿Quién nos mintió, entonces, que daría impulso a la economía, que aliviaría las cargas impositivas, que eliminaría la desocupación? ¡Afuera con la banda de defraudadores! Ninguna otra cosa está a debate sino esto: ¿quién lleva la responsabilidad de la catástrofe actual? ¿Dónde están los traidores? ¡Agarradlos por la nuca y llevadlos de la cobarde oscuridad del anonimato a la clara luz del día.

¡Ved cómo tiemblan! ¡Cómo engañan y cómo mienten, cómo echan veneno y bilis, hacen alarde de hombres de bien, como si fueran incapaces de hacer daño a una mosca! Cómo bajo la gritería de “¡Detened al ladrón!” tratan de escapar corriendo ellos mismos. ¡Párate, canalla, y pelea! ¡Afuera con la verdad! ¿Estabas tú en ello cuando se vendió a un pueblo de sesenta millones a una servidumbre tributaria de sesenta años, cuando se aceptó en el Reichstag este “tratado” de trabajos forzados bajo risas y chistes desvergonzados, cuando se volcó sobre los hombres de la demanda y de la decisión populares befa y burla? ¡Confiesa, granuja!

¡Deja de mentir! No te creemos ya nada. Los otros podrían ser los mayores criminales, serían blancos ángeles inocentes frente a los demonios negros que nos arrojaron en la miseria y esclavitud tributaria. Da cuenta: ¿dónde estabas, cuando se luchó contra Young, cuando algunos pocos hombres animosos convocaron al pueblo a la resistencia, al tiempo que los ministros trompetearon por la radio que ahora todo se tomaría dicha y satisfacción?

¿Callas? ¿No respondes? ¿Tartamudeas tus disculpas y hasta comienzas a calumniar a tus opositores, que servían a la verdad y seguían su camino recto despreocupados por la popularidad? ¡Afuera con la última mentira electoral! ¡Canalla cobarde, tú! No olvides de trompetearlo el sábado por la tarde, cuando todas las imprentas ya estén cerradas y los por tí atacados vilmente sobre seguro y tirados con lodo ya no se pueden defender! Te la daremos de izquierda y de derecha por tus orejas de burro, para que oigas cantar a los ángeles en el cielo. Nuestra consigna para el 14 de septiembre está dada hace tiempo. Ninguna mentira, ninguna inmundicia, ninguna intriga y ninguna maldad ya nos

puede hacer perder la fe en ella. Nuestra decisión ha madurado en un largo período de sufrimiento y es inamovible.

El 14 de septiembre por la mañana seremos los primeros en el local electoral.

Traeremos con nosotros a mujer, hijo e hija madre y padre, amigos y conocidos, y llenos de rabia, odio, cólera e indignación pondremos nuestra cruz detrás del número 9, eligiendo con ello la joven Alemania por venir: NSDAP (Movimiento de Hitler).

7-IX-1930

ANTES DE LA DECISIÓN

¡Bueno, ya lo hemos hecho! Ahora se impone concentrar hoy y mañana, una vez más, toda la fuerza, hacer acopio de las últimas reservas en dinero y nervios, en entusiasmo y alegre voluntad de sacrificio, acometer en potente asalto final la fortaleza tributaria enemiga, y entonces, que caigan los dados. ¡Nosotros estamos conformes!

Fueron semanas que no quisiéramos desearnos de nuevo. Hemos corrido locamente a través de los días y las noches, Cada hora, cada minuto estaba colmado con un máximo de trabajo y rendimiento. Nuestros oradores fueron llevados por automóvil, tren y avión en todas direcciones a través de Alemania. Nuestros organizadores estaban en sus mesas de trabajo hasta entrado el amanecer y fijaban las líneas de concentración. El hombre de la SA estuvo de servicio tarde tras tarde, y frecuentemente sé acostaba a las cuatro de la mañana, para ser sacudido nuevamente a las cinco de su sueño de plomo para la dura labor del día. Cada camarada partidario sacó el último centavo de su monedero y lo tiró en la caja de contribuciones después de las manifestaciones en masa arrebatadoras y embriagadoras. Un cuarto de millón de combatientes en el gran ataque, acometiendo en amplitud, en firme disciplina y silenciosa voluntad de desquite, eso fue nuestro Partido en las últimas cuatro semanas.

Ahora hemos de hacer en un último acopio de fuerzas el esfuerzo final. Esta tarde y hasta que comience la noche los partidos formarán para la batalla decisiva. Veremos si pueden mantener el caliente con nosotros. ¡Venid, pues!

La SA presenta nuestras consignas por última vez al público en grandes manifestaciones callejeras. Entonces ningún hombre debe faltar. En el sueño pensamos mañana y pasado mañana, si es que la alegría nos dará tiempo y ganas para ello. La gente de la organización celular trabaja para la última decisión, una vez más, sus células; las espolean para la máxima actividad, aclaran a cada uno su deber y qué es lo que está en juego esta vez. El conjunto de partidarios se arroja como un enjambre de avispones sobre el electorado. No ha de encontrarse a ninguno que no tenga en su bolsillo un volante, un folleto, un número especial de nuestros diarios. Decidlo alto y audiblemente, en casa y en el círculo de conocidos, en los lugares de trabajo, en las calles, en el subterráneo y en el ómnibus, donde camináis y donde estáis: ¡Hitler es nuestro hombre! ¡El trabajador productivo vota la lista 9! Los otros no nos interesan. ¡Hacedlo en broma, hacedlo en serio! Adaptaos al humor y al ambiente. Tratad a vuestros queridos congéneres en la forma a la cual están habituados. ¡Atizad su ira y su enojo, conducidlos a la vía justa! Ninguno debe apostar esta vez sobre el caballo falso. Ha de ser un arreglo de cuentas general con el sistema. Mañana han de volver de la batalla electoral adornados con magulla duras y arañazos, destrozados y desollados, sangrando de mil heridas. Les taponaremos la boca mendaz como jamás lo imaginaron. Esta es nuestra venganza, un plato que queremos saborear mañana en frío.

Decidlo a vuestros amigos y conocidos que denota falta de valor votar partidos. Atan con ellos sus esperanzas a estructuras del pasado, que se desmoronan. Pero aquí está en

juego el futuro. Mostradles los resultados de las últimas elecciones. Quién perdió ahí: todos los otros, siempre y siempre de nuevo, más catastrófico de una -a otra vez. Quién ganó ahí: el Nacionalsocialismo, que en ascenso triunfal tomó uno tras otro los baluartes del adversario.

Mañana se hará y debe hacerse el ensayo general. Decidlo en todas donde se os pregunta o tampoco no se os pregunta: ¡nosotros saldremos airoso de la prueba! ¡No seáis demasiado modestos! Esta vez tenemos motivo sobrado para tener bien llena la boca. Que con ello tendremos razón lo demostraremos mañana por la noche, y que por eso no vamos a desconcertarnos, eso os lo mostraremos pasado mañana cuando, como si nada hubiera sucedido, comenzaremos de nuevo con el nuevo trabajo.

El domingo a la mañana debéis ser los primeros en el acto electoral. Emplead las restantes horas del día para llevar a las urnas las últimas reservas. Poneos a disposición de las secciones para colaborar. ¡Haced proselitismo y agitación! Ahorraos el último día pruebas de largo aliento. Apelad al honor, al carácter, a la ira, a la indignación por la injusticia cometida! No dejéis a nadie a quien aun podéis ganar. Señalad el hecho que con nosotros se levanta un pueblo nuevo, y que cada cual se arrepentirá en el futuro de no haber estado también ahí cuando la joven Alemania por vez primera pasó revista en una imponente parada al frente combatiente del futuro.

Y luego, cuando la hora haya sonado, esperad con nosotros el resultado con el corazón palpitante. A la noche nos congregaremos y entonces nos vamos a entregar por algunas horas a la alegría y al entusiasmo, nos vamos a estrechar efusivamente las manos, nos vamos a mirar en los ojos y en voz alta nos diremos mutuamente:

Camarada: ¡lo hemos logrado!

14-IX-1930

CIENTO SIETE

Este es un número redondo, hermoso e importante. Muchos de entre nosotros aún recuerdan la época en que la escribíamos sobre una tarjeta de afiliado, documentando con ello que la cantidad de nuestros compañeros partidarios ya marchaba casi hacia el segundo centenar. Abarcar con el pensamiento que esto ahora significa el número de nuestros diputados en el Reichstag, que con ello hemos llegado a ser el segundo partido en fuerza numérica del Reichstag y el más fuerte de todos los partidos no marxistas, eso por ahora apenas parece ser posible. Hemos de hallarnos primeramente en el rol que nos fue conferido. De la noche a la mañana el pequeño grupito despreciado e injuriado se ha convertido en un partido de masa del mayor estilo, y el triunfo que el 14 de septiembre pudo fijar en sus banderas no tiene parangón en toda la historia partidaria. Ha sucedido hasta ahora que un partido se duplicara en un comicio y esto se celebraba como inaudito y triunfal. La socialdemocracia luchó durante decenios para alcanzar la primera veintena. Que un partido en el curso de escasos dos años se decuplica, en todas partes, en todo el país, en una marcha victoriosa, arrebataadora, toma baluarte tras baluarte y fortaleza tras fortaleza del adversario, pisotea desconsideradamente todo lo que se le pone en el camino: mentira, calumnia, terror y prohibición, saca de debajo tierra en el más breve tiempo una organización firmemente estructurada, funda medio centenar de periódicos, pone en movimiento un batallón de los mejores oradores políticos, desbordando simultáneamente de planes e ideas con una pléyade de organizadores y cabezas intelectuales de primer rango, todo esto ya no puede ser explicado mediante razones naturales, esto es mística política. Algo así como un milagro.

Nuestro deber es ahora, empero, formar de la mística del milagro político, una realidad del día. Las más amplias masas populares, que con nuestro Movimiento se han puesto en marcha, han hecho con ello una profesión clara e inequívoca contra la Alemania de hoy y por la de mañana. Quieren que se termine radicalmente con el curso gubernamental seguido hasta el presente en materia de política interior y exterior, de economía y de cultura. Fue una manifestación contra el sistema como no puede ser concebida más amenazante y exigente. En ella se hizo evidente que la voluntad que quiere terminar en Alemania con los partidos y sus ideas está en vías de un crecimiento incontenible, que por ella se declara no ya un partido estrechamente limitado sino todo un pueblo que despierta. A esta voluntad le hemos dado la palabra salvadora en nuestra propaganda. También debemos darle y le daremos, la palabra salvadora en la acción. No se engañan los del bando del Centro sobre nuestras intenciones: el Movimiento Nacionalsocialista no tiene de ninguna manera la ambición de dejarse enganchar delante del carro partidario burgués. No pensamos en eludir la responsabilidad cuando llegue a nosotros. No somos esos fraseantes del patetismo como la *journalle* gusta representarnos. Pero solamente cargaremos con la responsabilidad cuando también nos podamos hacer responsables de ello ante el pueblo y la Nación. Lo que la así llamada República considera como intocable, eso no es para nosotros ni sagrado ni digno de adoración: El Movimiento Nacionalsocialista quiere un cambio de lo existente, y no ha venido sino para empujarlo!

Las condiciones bajo las cuales estaríamos dispuestos a aplicar también prácticamente el poder que ya hoy poseemos, están establecidas. A quienquiera que nos conoce en nuestra esencia, le parecen claras, justas y precisas. En ellas no es determinante ningún interés partidario, sino exclusivamente el bienestar del pueblo alemán. Los millones que nos han votado quieren que el Nacionalsocialismo tome influencia decisiva sobre los destinos del Reich. No tienen interés en chalanos parlamentarios y mucho menos quieren que nuestra fuerza sirva para brindar a un sistema decadente la última muleta. El que quiera gobernar con nosotros tendrá que avenirse a que el tiempo en que impunemente se podía jugar ignominiosamente con el bienestar del pueblo trabajador, ha pasado en forma definitiva. Asimismo, rechazamos de entrada y por principio, toda clase de negocios por ventajas partidarias. Las ventajas de nuestro Partido las cuidamos nosotros mismos, El Gobierno, empero, ha de cuidar las ventajas del pueblo.

En la semana pasada ya nos hemos repuesto completamente de la primera sorpresa sobre la victoria electoral triunfal y no esperada por nadie. Nuestros corazones son de nuevo ardientes y nuestras cabezas frías. No a la inversa. Estamos frente a nuestro poder tan súbito con el entendimiento sobrio, prontos en todo momento a usarlo. Podemos gobernar, podemos practicar la oposición. Pero ambos los podemos realizar solamente en el espíritu nacionalsocialista. Cuadramos igualmente bien a butacas ministeriales como cuadramos en las tribunas de asambleas populares. En todas partes de la política alemana estamos en casa. Pero donde andemos y donde estemos, incansablemente serviremos al pueblo y a su bienestar. Lo volvemos a prometer solemnemente en esta hora en que el Destino tras tantas preocupaciones, sacrificios y sangre, vuelca ahora su bendición sobre nosotros:

¡Nos quedamos con el pueblo, luchamos por Alemania! ¡No queremos nada para nosotros, pero todo para la Nación! Serviremos con todas nuestras fuerzas al bien común, reconquistaremos para la Patria, honor y pan y nos mantendremos y caeremos con el destino alemán!

¡En alto la bandera!

21-IX-1930

¿POR QUÉ ATACAMOS?

Alemania es una colonia de explotación del capital financiero internacional judío. Se nos ha quitado los Ferrocarriles, la Economía y la Moneda, se ha cortado de nuestro espacio, desde siempre demasiado estrecho, pedazos de necesidad vital y se dirigen ahora hacia los últimos restos de independencia: la agronomía y el correo alemanes. Sin compasión agitan los alguaciles del dinero sobre los trabajadores alemanes el látigo de la esclavitud, y no se ve un fin a tanta desgracia. Tres millones de desocupados son testigos principales y mudos de la guerra económica asesina contra laboriosidad y el trabajo alemanes. Los primeros cuerpos de ejército de la hueste anónima de veinte millones de alemanes que están demás en la tierra, se agrupan.

A este pueblo una prensa hipócrita, astutamente mentirosa, y una moral corrompida le quitan su último sostén anímico. Aún vivimos de las reservas de pasados decenios de creación y lucha. Pero con seguridad automática se avecina el día en que también el último acervo económico y anímico ha de ser transformado en cursilería. Nosotros, los alemanes, estamos frente al fin gris, gris.

Esta es la situación. Esto no lo cambia ningún dar vuelta ni rebuscar interpretaciones. Cuanto más cerramos los ojos cobardemente ante el próximo derrumbe, tanto más cruel será a la corta o a la larga el despertar. Por eso, llamamos a la razón ya la concentración de la resistencia alemana contra la desesperación.

¿Se puede, como se está ahora, seguir diez años más? Esta pregunta despiadada debe ser contestada por todo el que aún cree en Alemania. Y si la respuesta es: ¡no!, entonces hay sólo una salvación: ¡lucha!

¡Por eso llamamos a la resistencia!

Y algo más: cuando contribuimos a fundar esta situación o por lo menos observamos callados, se nos prometió trabajo y pan, una vida en belleza y dignidad. En lugar de trabajo se nos dio la miseria del mendigar limosnas, en lugar de pan, piedras y escarnio.

¿Es esto una vida de belleza y dignidad la que hoy se atestigua oficialmente a tres millones diariamente con el sello 1 y el hambre? ¿Y han caído dos millones de nuestros padres y hermanos afuera en las frentes por una Alemania distinta, para que hoy el judío y sus siervos de verdugos alemanes corten lonjas de nuestra piel?

¡Responded! ¡Responded!

Gimiendo lo confiesan los partidos de la izquierda y la derecha, que no pueden ayudar. No lo pueden y no lo quieren. Es que sacan ganancias del entierro de nuestro pueblo, y ¿dónde se encontrará el sepulturero que no se regocija de un entierro pingüe? Ya se aprontan estas figuras lastimosas al robo descubierto del último resto de nuestra libertad, y quedamente, casi tímidamente ya sólo, el uno o el otro defiende los remanentes de ese espíritu heroico que una vez durante cuatro años presentó la frente a todo un mundo.

¿Hemos de desesperar por ello? ¡No! Los partidos no son Alemania, las chinchas parlamentarias, los dirigentes de la Nación. ¡Fuera con esas figuras lastimosas que llevaron a Alemania a esto! ¡El futuro alemán en manos alemanas!

¡Trabajadores! ¡Soldados del frente! ¡Afuera!

Donde los otros gimen cobardemente implorando clemencia y defienden lo que para vivir es muy poco y para morir es demasiado, allí nosotros vamos al todo. No tenemos ya nada que perder. Es que se nos ha quitado todo. Pues bien, entonces: formémonos para ganar todo: el Estado Alemán de los Trabajadores!

Para que él se realice preparamos el camino. Esta es la primera etapa de nuestra misión. Sólo la lucha y el continuar adelante despejan el camino hacia allá.

¡Siempre el atacante fue más fuerte que el defensor!

¡Por eso atacamos!

4-VII-1927

1 Los desocupados debían sellar regularmente sus tarjetas en las oficinas gubernamentales.

¿ES ESTE UN ESTADO?

El 9 de noviembre de 1918 fue fundado. No como es costumbre en los Estados entre el tronar de los cañones, sino bajo el cobarde tableteo de fusiles de traidores y desertores; con promesas de las que nada, pero nada fue cumplido; arrancando una bandera bajo la cual habían caído dos millones; con una constitución que se originó en la mesa de trabajo de un judío.

El 28 de junio de 1919 concertó la paz con sus enemigos. Esta paz tuvo un nefasto augurio de nombre Versalles. Esto significa: esclavización de los trabajadores alemanes por medio siglo, cesión de parte de territorios que eternamente fueron nuestros, reconocimiento de la mentira que éramos culpables de la guerra y por eso debíamos llevar la totalidad de sus cargas, destrucción de la capacidad de defensa militar alemana y con ello entrega de todo nuestro futuro a nuestros enemigos.

El 29 de agosto de 1924 se le dio la biblia de la economía: Dawes. Esto significa: por espacio de casi media centuria hemos de entregar a nuestros opresores anualmente 2,5 mil millones. Esto hace por día siete millones; esta es una suma con la cual se podría solucionar de golpe en Alemania toda la miseria de la vivienda. Hemos renunciado a la libre determinación sobre los ferrocarriles, la moneda y la economía. Estos están ahora en manos de nuestros explotadores y son aprovechados desconsideradamente contra nosotros por ellos. Ahora las potencias enemigas están entre nosotros, se afincan entre nosotros con el dinero que nos robaron, y si alguna vez nos liberamos de las cargas de las reparaciones, tenemos entonces que pagar: más en intereses que hoy en indemnizaciones.

Una consecuencia de estos tratados es que en Alemania tres millones ya no encuentran trabajo y deben ser puestos por eso en el presupuesto de extinción. Una consecuencia de ello es que sus hijos se pauperizan y que en dos decenios en lugar de hombres alemanes, inválidos, arruinados y corrompidos, poblarán nuestro país.

Otra consecuencia de estos tratados es que la clase media y la artesanía de nuestro pueblo quedaron destruidos con seguridad automática. Deben capitular ante la voluntad de destrucción ilimitada e insaciable de la alta finanza. Porque esta alta finanza debe, si quiere asegurar su dominio por tiempos eternos, quebrar la columna vertebral a nuestro pueblo, para que, derrengado y saqueado, obedezca cualquier dictado de sus opresores. Sobre toda esta desdicha y toda esta miseria indecible están sentados cuatrocientos elegidos, cuyo oficio es hablar en lugar de ayudar. Nosotros mismos tenemos que elegirlos y por eso también alimentarlos. Viven de nuestras monedas de hambre, y por eso les va tanto mejor cuanto peor nos va a nosotros. De entre ellos eligen a los más hábiles y arteros, que por así decirlo entienden a maravilla la feria y garantizan más seguramente a los que quedaron de los cuatrocientos, su existencia satisfecha, muelle, cobarde, chinchasca. Estos ladinos batidores de espuma ascienden ahora a los tronos, hacen reverencias hacia el este y el oeste, hacia el norte y el sur, agradecen a los tragadores de dietas que les han conferido el honor de poder encargarse de asegurar el disfrute no perturbado del robo -ellos llaman a eso tranquilidad y orden- y después tocan el silbato y nosotros tenemos que bailar. ¡Como los títeres en el hilo!

Eso se llama después una vida en belleza y dignidad.

No: ¡esto no es un Estado! Esto es una colonia de esclavos, un objeto de explotación de la finanza bursátil y ¡como somos tan cobardes, y muy cómodos! No nos engañemos nosotros mismos; y miremos los hechos con ojos fríos y desapasionados.

¿Por qué habláis de hombres de Estado donde no hay Estado? Sobre nosotros gobiernan -¡santo Tribunal del Estado! -en lugar de hombres de Estado, administradores coloniales. Ahora gritáis que somos un peligro para el Estado. ¿Dónde está el Estado para el cual somos una amenaza? ¡Os conocemos! Somos peligrosos a la colonia, porque queremos el Estado.

Vosotros administráis la colonia y afirmáis descaradamente ser hombres de Estado. Nos llamáis peligrosos para el Estado porque para vosotros y nosotros es peligroso querer el Estado.

A vosotros os conocemos ¡a nosotros nos habrán de conocer!

A los creyentes les decimos en alta voz: ¡destruid la colonia! ¡Os ahogáis en esta vida de belleza y dignidad!

Levantaos y exigid: ¡el Estado libre alemán!

8-VIII-1927

¡PROCLAMA!

¡A todos los alemanes! ¡Hombres y mujeres!

¡Es tiempo! ¡El enemigo está en el país! ¡En medio de vosotros!

Aún estáis bailando y no queréis verlo. Aun os dice dulces palabras de paz entre los pueblos y entendimiento. Pero ya todos lo sabéis: ¡es mentira! ¡Es mentira!

Han pasado los tiempos en que creáis en frases y promesas. ¡Esto fue una vez! El muy culto Miguel alemán aprendió de las bofetadas que la historia de los últimos diez años le ha dado en la cara con refrescante desconsideración. Todavía es demasiado haragán y demasiado cobarde para hacer cuentas con sus seductores y destructores.

Pero, ¡es tiempo! ¡es tiempo!

Tomó hipoteca tras hipoteca sobre su patrimonio hasta que con los créditos ya no pudo cubrir los intereses del préstamo. Ahora se termino el pedir prestado. Ahora se trata de: “pájaro come o muere”. Trabajar o reventar. ¡Ahí tenéis pan! No es por cierto suficiente para todos ustedes. Pero para algunos. Para los más laboriosos y dóciles, para aquellos que no tiran un palo entre las piernas al aniquilador de su libertad. Que los otros se vayan adonde crece la pimienta.

¡Es la situación extrema! ¡Tratad de eludir y soslayar! ¡Decid proverbios y evasivas!

¡Trillad frases de belleza y dignidad, de paz mundial y reconciliación! Estas duran mientras el estómago está callado. Cuando éste empieza a hablar -habla un lenguaje claro- entonces terminan los desatinos. Los hechos son más fuertes que las promesas. Esto fue siempre así: esto también hoy es así y lo será en toda la eternidad. Del manifiesto comunista no ha salido hasta el día de hoy ni una espiga de la que pudierais cocer pan para alimentar a vuestros hijos. Pero, eso sí, os ha ayudado bravamente a perder miles de yugadas de tierras en que ahora. crecen cereales que vuelven adultos a los hijos del enemigo para que dentro de quince años os destrocen definitivamente el cráneo. ¡Esta es la verdad! ¡Esta es la verdad desnuda!

¿Qué es lo que no se os ha prometido, desde que tomasteis en vuestras propias manos vuestro destino? Empezando por el paraíso terrenal hasta la ley de consejeros de empresa y la jornada de ocho horas. Y ahora haced la cuenta: ¿qué es lo que se os ha cumplido?

¡Nada! Piedras se os dio en lugar de pan. Un sombrero de Gessler en lugar de libertad. Y una vida de perros por un paraíso terrenal. Se os ha engañado. Se os seguirá engañando eternamente si no pegáis de firme con el puño y termináis, termináis definitivamente con el crimen que se comete con el pueblo.

El proletario va a sellar 1. ¿Por qué no le grita a la cara a sus opresores?: ¡¿eso es todo? ¿eso es todo? ¿Es por eso que me han destrozado a balazos los huesos y es por eso que durante cuatro años mi mujer y mis hijos han pasado hambre y llorado? Canalla, rollizo, cobarde, obeso! ¡tú!, ¡afuera de mi Estado! ¡que venga la libertad y el pan! ¡Y si tú, bonzo, dices que debe pasarse hambre por una vieja culpa, ¿por qué tú, bonzo, no das el ejemplo y pasas hambre con nosotros, tú que llevas una medida colmada de esta vieja culpa?!

El inválido de la guerra está parado en las esquinas, en medio del brillo y de la luz, y reúne mendigando las monedas que los dadores le robaron en billetes de cien marcos y que ahora vuelven a tirarle con burla y veneno en centavos en la sucia gorra. ¿Por qué no da vuelta la muleta y parte el cráneo a sus martirizadores? ¿No sería justo eso? ¿No le da Dios derecho para ello, aquel derecho que está en las estrellas? ¿Dónde se os ha enseñado a callar ante la afrenta, el escarnio y el hambre? ¿Y el ir a mendigar lo que vuestros aniquiladores os han estafado?

En lugar de actuar os rompéis la cabeza los unos a los otros. ¿Es que merecéis otra cosa que hambre y palos? Tontos, cobardes, apocados y desesperados! ¿Es para eso que vuestros padres os dieron un país bendecido para que os lo dejéis quitar? ¿y aun decís "¡muchas gracias!" y os quitáis el sombrero? ¿Sois hombres, sois trabajadores?

¡Os convocamos a todos! ¡Vosotros de la fragua y de la pluma, del puño y de la frente! ¡Vosotros hombres y mujeres! ¡Es hora! ¡Es hora!

¡Matad la discordia que el enemigo siembra entre vosotros! Terminad de odiaros y perseguiros los unos a los otros y sed unidos en el odio y en la persecución de vuestros exterminadores! Nosotros proclamamos:

¡Libertad y pan!

¡Es el llamado de la joven

¡Unid vuestra voz!

¡Plegaos! ¡Plegaos!

14-XI-1927

1 Ver nota anterior (N. del T.)

SIGNOS DE TORMENTA

Cuando en agosto de 1924 las leyes de Dawes fueron presentadas al Reichstag Alemán (ya mucho antes habían sido firmadas y terminadas en los gabinetes y oficinas bancarias), una de las razones de mayor peso que el entonces gobierno del Reich expuso, fue que había que aceptar el pacto de esclavización por el solo hecho de que si no, los trescientos mil desocupados que se decía no encontraban ya empleo en la economía alemana exangüe y falta de crédito, deberían ser eliminados para siempre del proceso de producción. Gustav Stresemann acuñó en aquellos deliciosos días las palabras de la "biblia de la economía" y de la "franja de plata en el horizonte", y bajo la demagogia de estas frases y mentiras el pueblo alemán se dejó machacar para la aceptación.

En casi cuatro años en que gozamos de las bendiciones de estas leyes financieras norteamericano-judías, por cierto la hoja se dio vuelta completamente. De los trescientos mil desocupados que presuntamente a través del plan de Dawes debían

volver a ser integrados a la producción, se han hecho mientras tanto tres millones de castigados por la desocupación, y su número crece con una constancia fatídica, vertiginosa. La economía alemana, que mediante créditos extranjeros -¿recordáis aún la “corriente de oro” que fluiría de Norteamérica a Alemania?- fue nuevamente puesta en marcha, se ha convertido en un campo de acción de maniobras financieras internacionales, y se puede calcular, en forma automáticamente segura, en qué momento su última porción habrá sido sacada de manos alemanas. La pequeña industria y la artesanía gimen bajo una carga impositiva draconiana, insoportable; la clase obrera está en huelga y el empresariado hace despidos. La agricultura está sumergida hasta las orejas en deudas, y los cereales que recién en este verano mecerán sus espigas amarillas en el viento, ya están vendidos y embargados, entregados a precios ruinosos, para que el labrador pueda pagar con el producto las cargas más apremiantes de deudas y de impuestos. Ya el campesino enarbola la bandera negra de la desesperación. Actos de defensa propia de dimensiones inauditas arrojan muy adelante sus sombras oscuras; guerra campesina, guerra civil, huelga de los capitalistas y lucha de clase de los proletarios, niños hambrientos y padres y madres desesperados: ¡la vida en belleza y dignidad, sobre la cual se levanta una franja plateada!

El gobierno es impotente. No reconoce el mal en la raíz -o quizás tampoco lo quiere reconocer-, trata de poner remedio a las malas consecuencias sin eliminar las causas, administra antifebriles al cuerpo popular sacudido por estremecimientos candentes y deja abiertas de par en par las ventanas a través de las cuales el viento pestífero de la destrucción, de la corrupción, del fraude, de la explotación, del bolcheviquismo, apoyado oficialmente, azota sin cesar este organismo enfermo y doliente. Para eludir las protestas que se levantan, los señores ministros se ocupan de cuestiones ociosas: ¿cómo habrá que reformar el Reich? ¿Cuál Reich? ¿Esta provincia del dinero? Decid más bien pobre que Reich I. ¿Cómo se habrá de dar una nueva fisonomía a la escuela: ¿De qué sirven las escuelas si no vienen ya niños que han de ser educados para ser hombres y mujeres alemanes, y si vienen, son pobres cuerpecitos enjutos, de los cuales podéis hacer en la escuela necios, lisiados, presidiarios y enfermos de muerte, pero de ninguna manera seres humanos que puedan dominar la dura vida. También, por otro lado, los partidos gubernamentales tienen sus preocupaciones: las elecciones están próximas. Esta vez será difícil hacer entender a la manada electoral que es paz, libertad y pan lo que el dulce populacho disfruta hace años. Por eso están reunidos en concordia y elucubran las sutilezas verbales con las que una vez más se reunirá con tambores a la chusma de las urnas. Pero es gastar amoroso empeño en vano. Podrá pasar ésta y quizás también la próxima vez. ¡Pero alguna vez terminará! Entonces, el final grueso vendrá detrás.

Signos de tormenta se ven en el país. En todas partes empieza a burbujear, a hervir, aquí y allá hasta a encenderse el fuego. Los señores ministros corren de acá para allá con el “Minimax” y apagan los fuegos llameantes. Después vuelve a entrar silbando el viento y el país de nuevo está en llamas rojas. Estamos todos sobre un volcán. ¡Oíadlo y pensad en ello!

Así. no puede continuar. El pueblo quiere alimentos. Las frases no llenan el estómago. Tampoco cuando salieron volando del coto verborrágico de los Scheidemann.

¡Queremos trabajo y pan! ¡Y no boletas de voto y promesas!

El pueblo alemán quiere ser gobernado decorosamente, y como eso no lo podéis y no lo queréis, os invitamos abandonar los tapizados y hacer lugar a los trabajadores y soldados del frente. El que no se va voluntariamente pronto tendrá que sufrir que lo echen. Y no le debe causar asombro si entonces se procede no muy suavemente.

El pueblo está despertando. Que esta vez reconozca a sus verdaderos verdugos, de eso ya nos encargaremos nosotros. Y entonces ya no se dirá: su Majestad el Bonzo ha muerto, ¡viva el nuevo Bonzo! Entonces brama en el viento huracanado de una nueva libertad:

¡los bonzos ya no existen!

¡Viva el nuevo pueblo alemán de trabajadores!

13-II-1928

1 Juego de palabras con la palabra Reich que en minúscula significa rico (N. del T.)

LA CATASTROFE

Cuántas veces en el pasado, cuando levantamos protesta pública contra la insensatez de la política tributaria y la bancarrota estatal que como secuela se avecinaba con pavorosa seguridad, nos insultaron y calumniaron denunciándonos públicamente como pesimistas profesionales e irresponsables políticos de catástrofes. Cuando aceptaron el plan de Young, levantamos ante la Nación toda nuestra voz de alarma y declaramos solemnemente que el pueblo alemán tenía necesariamente que derrumbarse tarde o temprano bajo este yugo de esclavización, y que entonces las vastas masas de trabajadores ajustarían tremendamente cuentas con los culpables.

¿Quién tuvo razón, pues, los ministros de la radio 1 o nosotros? ¿Es que en verdad ha bajado la cifra de desocupados? ¿Ha experimentado un impulso la economía, ha sido mitigada la crisis de venta? ¿Se ha llevado ayuda a los campesinos, liberado a las provincias del Este del cerco económico, quitado al ciudadano de la clase media el peso impositivo intolerable de los hombros vueltos débiles, dado 31 trabajador vida y pan? Nada de todo esto: la cifra de desocupados ha ascendido en pleno verano a más de tres millones y alcanzó con ello el doble de su marca en la misma época del año precedente. La economía yace fría y entumecida, las fábricas están desiertas. Cual estremecimientos de fiebre, luchas laborales, huelgas y despidos se agitan a través del cuerpo de producción. La crisis de la venta, sobre todo en las regiones marginales del Reich, se ha acentuado hasta lo intolerable, el campesino ya no cosecha sino cereales que ya no le pertenecen, sino que hace tiempo han sido empeñados a los barones de la finanza. Gasta ya ahora su forraje invernal y en octubre estará frente a la nada absoluta. Desde el Este llegan al Reich los últimos desesperados gritos de auxilio de un pueblo fronterizo que se está derrumbando. Allí se reúnen las masas campesinas amotinadas y atacan a palacios a los agentes y ejecutores del gobierno que vienen a buscar los tributos de hambre de la sustancia, corriéndolos del pueblo. El gabinete Brüning impuso por vía discrecional los impuestos más horribles e injustos que, si es que pueden ser pagados, lo serán con el último resto de la materia prima. La clase media cae abatida bajo el peso de las contribuciones e impuestos. Y al trabajador se le ha privado de pan y trabajo. Arrastra una existencia miserable y humillante como proletario de Young, y el día no está lejano en que las oficinas de trabajo golpearán sobre sus bolsillos vacíos y declararán encogiéndose de hombros: “donde no hay nada hasta el emperador mismo ha perdido su derecho”.

Tal es la situación. Estamos en plena catástrofe y nos aproximamos a pasos agigantados a su irrupción violenta. Creen los partidos gobernantes que pueden detener esto con prohibiciones mecánicas? Las revoluciones ya no necesitan planificarse: vienen solas bajo estas condiciones vergonzosas. El pueblo productor está cansado de ser engañado. Ha sido mentido y defraudado tantas veces que ahora tiene el oído aguzado y comienza a observar con sentidos vueltos perspicaces el curso ulterior de los acontecimientos. ¿Suponen en serio las autoridades que sólo precisan quitarnos las camisas para poder

hacer frente a la amenazante irrupción de las pasiones populares? Es que ya no es obra de hombres lo que aquí se abre paso. Esto es obra del destino, inevitable y forzoso. ¿Esperan los juzgados realmente poder sacarnos del enraizamiento en las anchas masas trabajadoras si nos arrastran ante sus tribunales y nos envuelven en procedimientos criminales? ¡Todo lo contrario! Autoridades, gabinetes, juzgados, ya hace tiempo que han perdido todo crédito en el pueblo. Con un recelo sordo las masas miran este juego temerario, hasta que un día el furor acumulado estallará violentamente. Ya no se confía en el gobierno. Se ha llegado a descubrir las argucias de los partidos tributarios y donde persiguen y amenazan a un hombre o a un partido, allí el pueblo, ya por el hecho de que son perseguidos y amenazados por autoridades a las que él mismo debe toda su desgracia, toma partido por ellos.

Pueden torcerse y retorcerse, gemir, gritar, clamar y quejarse: ¡pueden calumniamos y mentir lo inverosímil sobre la joven Alemania en marcha! No tiene ya objeto, es demasiado tarde. Con pequeñas calumnias no se detiene la decisión de partida de una Nación. Ya no nos defendemos contra ellas. Aun si todo lo que dicen contra nosotros en mentiras cobardes correspondiese a la verdad, ¿qué podría significar frente al hecho que hoy en Alemania los canallas tienen la gran palabra, los que aceptaron el plan de Young y con ello arrojaron al pueblo y la Nación en el inevitable derrumbe?

Aquí deben pararse y luchar. Que no crean que nos dejamos apartar del camino recto. ¿Quién aceptó el plan de Young? ¿Quién nos lo ponderó como bendición? ¿Quién lleva, por consiguiente, la culpa de la catástrofe y del caos que vivimos?

¡Afuera con las sabandijas! ¡Arrancadles la máscara de nombres nuevos de la facha!
¡Agarradlos por la nuca, dadles el 14 de septiembre patadas en sus barrigas pingües y barredlos con brillo y gloria fuera del templo!

10-VIII-1930

1 Ironía sobre la costumbre de los ministros burgueses cuya función consistía en buena parte, en justificarse mediante aburridas exposiciones radiales (N. del T.)

CONTRA EL ENEMIGO DEL PUEBLO

Cuando después del 9 de noviembre de 1918, los ejércitos alemanes acostumbrados a victorias y sin embargo derrotados y engañados en el precio de su sacrificio volvían en oleadas a la Patria, entonces en los cerebros y corazones de aquellos grises soldados del frente se levantó la conciencia de una nueva misión y la voluntad hacia el Estado. Una joven generación, no educada en las tácticas de la gran política, sin tradición del oficio y equipada solamente con ese sentimiento instintivo seguro para lo existente y lo por venir, fue colocada de repente directamente ante la misión más elemental que la historia puede encargar a un pueblo, también y justamente a un pueblo derrotado, tras guerra y derrumbe: formar el Estado. Y estos hombres jóvenes que habían permanecido inquebrantables ante Ypern y Verdún, fracasaron frente a ello, debieron fracasar frente a ello, ya que la mayoría, en desconocimiento de las fuerzas motoras y de los hombres, concertó la paz.

Al comienzo de la República alemana estuvo la capitulación, y fue sólo consecuente que los hombres que crearon Weimar también firmarán Versalles. Estos dos actos son sólo en apariencia dobles. En esencia dicen y significan lo mismo: el traspaso de la soberanía popular alemana a los poderes sin identidad y sin espacio del dinero mundial, que según la necesidad adoptan la máscara del amigo y del enemigo. Weimar dio la forma,

Versalles el contenido del nuevo así llamado Estado, que ahora fue erigido sobre los escombros de la gran guerra.

Y sin embargo la situación alemana en aquellos meses preñados de destino no era de ninguna manera tan desesperada como podía parecer a la mirada superficial en el primer momento. Habíamos perdido la guerra: un pueblo puede y le está permitido perder una guerra y no necesita por ello llevar una herida en el alma. Lo que pesó más: perdimos la posibilidad de transformación en aquel acto de amotinamiento llamado revolución; lo perdimos ante nosotros completamente y hasta el último fin cruel, que se hizo visible en Versalles.

Versalles fue una consecuencia de la guerra sin accesorios engañosos y seductores. Lisa y prosaicamente, sin frases y reparos, fuimos forzados bajo el látigo de vencedores vengativos y ávidos de poder Y entonces no había nadie de entre nosotros que no viera claro al respecto. Esto era una paz sin paz, un final de guerra que en su seno escondía odio, indignación, subversión, guerra. Esto lo sabíamos todos: Versalles amenaza nuestra vida; Versalles será quebrado por nosotros o nosotros seremos quebrados bajo él. A través del cuerpo vital alemán se abría esta herida sangrante, de la que manaba en ancho torrente nuestra sangre de pueblo, roja, caliente. Esta herida debía curar o nosotros nos de sangraríamos por ella:

Nadie de entre nosotros se levantó entonces e inventó franjas plateadas en el horizonte. Ninguno vio en Versalles la salvación ni pensó poder ver entonces un camino hacia el campo libre. Éramos un pueblo de la desesperación, con sangre desvaneciente y cuerpo desfalleciente, descendiendo hacia lo último, un pueblo al que había que socorrer rápida y enérgicamente, o se hundía, se perdía.

Los soldados fueron relevados por los hombres da Estado, que sólo habían de constituir el bastidor para los poderes más peligrosos del dinero. El gran sufrimiento del pueblo alemán pasó de Versalles por Spa, Londres y Génova, de vuelta a Londres, un camino conmovedor de la transformación de la esclavización política en vasallaje comercial; y cuando el 29 de agosto de 1924 en el tribunal de empeño llamado Deutscher Reichstag (parlamento del Reich Alemán), de la provincia del dinero blanca, le fueron empeñados los últimos restos de nuestra soberanía a las potencias sin espacio del oro a cambio de un respiro, de una paz ilusoria, de un éxito engañoso, entonces quedó terminada esa evolución que de un pueblo de héroes hizo un ejército de ilotas, de una Nación con honor una masa sin idoneidad y raíz, de beneficio, oropeles, pobreza y oprobio.

Versalles era una herida sangrante. Dawes es una tisis consuntiva. Y no cambia nada en nuestra situación desesperada que este acto de esclavización parece comenzar por lo bueno; tanto más segura y consecuentemente terminará en lo malo. Las heridas sangrantes se ligan. Nadie se llama a engaño sobre su peligrosidad. Las enfermedades consuntivas, en cambio, viene generalmente en forma inocua y no reconocible. Se aproximan sigilosamente a sus víctimas como el ladrón en la noche. El atacado por la tisis estará tanto más inclinado a engañarse acerca de lo terrible de su enfermedad cuanto la naturaleza en un humor grotesco, a veces parece apoyarlo en este empeño. Como por arte de magia hace aparecer una rojez seductora de falsa salud sobre las ya cansadas mejillas, hace brillar el ojo, enfermo en un resplandor sonriente de radiante alegría de vivir, pero ya el lenguaje popular encontró para ello la expresión más acertada: “rosa de cementerio”. Este enfermo está marcado, no para la vida sino para la muerte.

Alemania bajo el pacto de Dawes: eso es un pueblo que padece de la consunción. Créditos y empréstitos son para este pueblo solamente inyecciones de morfina, que si bien por un tiempo pueden menguar los dolores y producir un estado de engañosa salud, la sustancia venenosa va entrando cada vez más corroyéndolos en los órganos vitales,

hasta que el organismo, vaciado y minado por la peste, cae abatido un día exhausto y herido de muerte, para no volver a levantarse jamás.

Esto comienza en lo económico y termina en lo orgánico. La economía no es sino, por así decirlo, el portón de entrada por el cual el bacilo busca y encuentra el camino al cuerpo popular. Sería erróneo admitir que la producción puede ser destruida sin que el pueblo sufriera por ello un daño serio en su estado anímico. Las potencias sin espacio que se nos enfrentan como adversarios inexorables, comienzan hoy sólo antieconómicamente para poder terminar destructivamente el pueblo. Ante nosotros el eterno enemigo del pueblo, el judío, la democracia, el capitalismo -todo ello sólo circunloquios del mismo espíritu que niega siempre- levanta la amenaza fatídica del subhombre. Y contra ello existe para nosotros sólo una opción:

¡Lucha o hundimiento!

En este año pagamos dos y medio millar de millones en obligaciones estatales a las potencias mundiales del dinero. A ello se agregan dos a tres mil millones de intereses por deudas de naturaleza económico-privadas. A esto debe sumarse un pasivo del balance comercial calculado ya por parte baja en seis a ocho mil millones para el corriente año. Esto significa en el lenguaje usual: el patrimonio popular alemán, ya de por sí sacudido hasta lo más hondo por la guerra y la subversión, se desvanece en un año normal por un monto de aproximadamente -diez a doce mil millones. Si esta situación dura diez años más entonces está a su término el resultado esperado por el enemigo internacional del pueblo; una Nación quebrada, un ejército de ilotas y viviendo miserablemente todos en un desierto de asfalto y pobreza.

El derrumbe económico involucra automáticamente la ruina de nuestra raza en todos los terrenos. Estamos viendo que avanzando paralelamente con él se está produciendo el derrumbe de todo lo que estamos habituados a llamar alemán en política, cultura, pensar nacionalista y accionar socialista. El alma alemana está envenenada, y sólo el milagro de su vuelta a las fuentes es capaz de devolverle la salud.

El enemigo del pueblo clava sus garras en nuestra vida. Alemania está amenazada en su existencia. O bien logramos llevar al pueblo a la reflexión y al ataque contra los poderes supraestatales, o ha llegado el fin.

Por eso no nos cansamos de exhortar, de reunir, de sacudir y de llamar como conciencia siempre despierta en el naufragio a un nuevo comienzo, a un nuevo rumbo; ¡aniquilad al enemigo del pueblo!

24-I-1928

PERVERSIÓN DEL CARÁCTER

Antes de la guerra:

El Kaiser frecuenta con judíos y compañeros de judíos, mientras políticos conscientemente alemanes hasta son objeto de su sonrisa y burla.

El canciller del Imperio, von Bethmann-Hollweg, se ufana de que sobre su mesa de luz está el Berliner Tageblatt (Diario Berlínés), y que por la mañana le echa la primera mirada para saber qué política ha de ejercer.

El vocero de la oposición nacional se llama Maximilian Harden, el editor del Zukunft (Futuro). Este judío escribe lo que el mundo burgués-“nacional” defiende como su opinión política.

En las revistas humorísticas del estilo del Simplizissimus, el pastor, el barón de chimenea, el Krautjunker (noble latifundista) y el teniente de la guardia son presentados a las anchas masas como los sujetos más despreciables que pueblan la tierra de Dios. La

así llamada inteligencia nacional no es que se indigne por eso, sino que lo encuentra divertido y gracioso, ingenioso y entretenido.

Los trabajadores, la parte de la Nación que aun se mantiene incorrupta, son guiados por judíos internacionales, infiltrados del socialparasitismo, contra el capitalismo burgués. Los zánganos mayores combaten a los zánganos menores con ayuda de los despojados por la zanganería.

Durante a guerra.

El judío Rathenau organiza la distribución de las materias primas.

Afuera el soldado del frente lucha exponiendo su vida por la seguridad de las fronteras.

En el país los bonzos parlamentarios dictan resoluciones de paz.

El soldado da su sangre, el capitalista presta su dinero.

Miles se desangran en los frentes, mientras en las fábricas, bajo conducción de sujetos traidores a la Patria, se organizan huelgas de municioneros.

El Kaiser ya no conoce partidos, conoce solamente alemanes; al respecto incluye también a todos aquellos que no quieren ser alemanes, que no lo son siquiera y que en base a inferioridad racial tampoco lo pueden ser.

Al término de la guerra se procede a la formación de consejos de obreros y soldados.

Tienen la voz cantante en estas estructuras bolcheviques, sujetos que jamás han trabajado sino que solamente han hecho negocios sucios, que jamás fueron soldados, sino solamente desertores.

Se encomienda a aquellos la sofocación de la revuelta, es decir, a quienes la urdieron.

*

Después de la guerra

En la Plaza París, en Berlín, los regimientos de la guardia que volvían a la Patria son saludados por un judío internacional, negociante sucio, en nombre del pueblo alemán. Aquellos que por su política criminal despojaron al pueblo de sus últimos derechos vitales se llaman mandatarios del pueblo, izan sobre la República la bandera que el enemigo afuera, sobre las trincheras, tiró con la invitación a la deserción. Un populacho de la más baja calaña arranca del pecho de los soldados y oficiales que regresan del frente, cargados de barro y sangre, las condecoraciones del valor y les quita los fusiles.

El soldado alemán es injuriado como bestia. mientras que ante los soldados de la Entente sólo se siente admiración.

Alemania suscribe un tratado de paz de acuerdo al cual debe entregar a sus mejores hijos, generales, oficiales aviadores y oficiales de la Marina, hombres que únicamente arriesgaron su vida por la Patria, como criminales de guerra a liga enemiga.

Como presidente de ministros bávaro se nombra al judío polaco Kurt Eisner. Los partidos burgués-cristianos le ofrecen su colaboración leal.

Este judío Eisner telegrafía a París, sin ser preguntado ni exhortado, declarando la culpabilidad exclusiva de Alemania en la guerra mundial, y agrega que allá se siente responsable de todos los daños causados por la guerra.

En el momento de mayor apremio para el pueblo, le surgen dieciséis partidos parlamentarios.

Los soldados alemanes son sentenciados como criminales de guerra ante el más alto tribunal del pueblo y llevados en cadenas a las cárceles.

Cuando el régimen de los negociantes sucios llega a estar en peligro, esos mismos héroes se ponen delante del mismo para protegerlo. La República les da armas contrariamente a los convenios concertados con el enemigo, con la indicación de

mantenerlas secretas bajo todas las condiciones y con todos los medios. En esta ocasión son abatidos algunas docenas de canallas traidores de la Patria con justicia y de acuerdo a la ley.

Una vez que la República ha sido reafirmada, los negociantes sucios se encaraman sobre el trono y meten a los héroes en el calabozo.

El mayor partido de trabajadores, la socialdemocracia, queda comprometida de tal manera por el escándalo de Barmat que podría suponerse que su existencia está seriamente amenazada. En la próxima elección gana trescientos mil votos.

El partido que desde su origen abogó por el fratricidio y la guerra civil injuria al partido que quiere poner coto a esta locura, como organización asesina de trabajadores.

El marxismo como mayor movimiento obrero de Alemania se convierte en el alguacil de la gran finanza. La socialdemocracia prometió socialización pero no socializó, sino que volvió a capitalizar lo que ya estaba socializado.

Los judíos se hacen jueces, médicos, abogados y maestros, El que los llama “judío” vuela por ello durante seis meses al calabozo.

El Deutschnationale Volkspartei (Partido Nacional-Alemán del Pueblo), acepta la ley de protección a la República 1.

Un ministro nacional-alemán Baviera y un ministro internacional en Prusia, prohíben a Adolf Hitler durante dos años actuar como orador por ser extranjero.

El Deutsche Volkspartei (Partido Alemán del Pueblo), logra una gran victoria electoral bajo la consigna: “De las cadenas rojas os libera solamente el Partido Alemán del Pueblo”. Después coloca a Alemania las cadenas rojas.

Un gran partido gubernamental remite desde el Reichstag folletos donde abiertamente se exhorta a la traición a la Patria; el mismo partido presenta el informante, cuando se trata de quitar la inmunidad a los nacionalsocialistas, para acusarlos por alta traición.

Los comunistas luchan supuestamente contra Young, pero hacen vigilar en Berlín durante el referéndum los locales electorales para poder proscribir y aterrorizar a aquellos que se pronuncian contra Young.

En Berlín un consejero escolar con cargo insta a publicar para las escuelas primarias, libros de historia donde esté asentada solemnemente la culpabilidad exclusiva de Alemania por la guerra.

Los estudiantes que realizan manifestaciones contra la mentira de la culpabilidad de la guerra son dispersados a golpes de cachiporra en la región ocupada por las tropas de la Entente, y en Berlín por la policía estatal.

Esto es sólo una pequeña selección floral. Podría ampliarse a gusto. Pero también esto puede ser suficiente. Evidencia con claridad alarmante cuán hondo hemos caído, y también prueba que aquí no se trata de una paralización aguda de nuestro sentido nacional, sino de una perversión patológica de nuestro carácter y nuestra postura. Es en verdad una perversión de la mentalidad en el significado más auténtico de la palabra.

Únicamente una fijación de posiciones fundamentalmente contraria a los poderes de la subhumanidad (Untermenschentum) puede crear aquí un cambio. No se trata ya de reformas, se trata de una caída radical de los no-valores (Unwerte) hoy imperantes. La Alemania alemana debe comenzar absolutamente desde el principio.

¡Ya se dispone a partir! ¿Quién marcha con nosotros?

2-II-1930

1 Dicha ley estaba dirigida fundamentalmente contra el NSDAP y contradecía, como de costumbre, los principios democráticos (N. del T.).

DEMANDAS REVOLUCIONARIAS

No hemos ido a los parlamentos para imponer allí nuestra voluntad con los medios de la democracia. Sabemos muy bien que el destino de los pueblos es dominado por personalidades, pero jamás por los discursos o votos de las mayorías. La esencia de la democracia parlamentaria es la mayoría, la destrucción del principio de responsabilidad y la glorificación de la masa, sobre la cual unas cuantas docenas de pillos y estafadores ejercen su taimado engaño.

Lo que exigimos es nuevo, incisivo y radical, por eso, en el sentido más profundo, revolucionario. Esto en su esencia no tiene nada que ver con alboroto y barricadas. Puede ser que alguna vez se llegue a eso. Pero no necesita en principio recurrir a ello.

Las revoluciones son actos espirituales. Se consuman primero en el hombre mismo, recién después en las manifestaciones de la política y de la economía. Los honores nuevos forman nuevos contenidos existenciales.

En nosotros mismos este acto revolucionario ha hecho su primera tarea. Su resultado es aquel tipo nuevo que hoy se presenta al ojo políticamente aguzado como nacionalsocialista.

Exige:

La restauración del honor alemán. Sin honor no hay derecho a la vida. Un pueblo que empeña su honor, empeña con ello su pan. El honor es el fundamento de la comunidad nacional. En la pérdida de nuestro honor está radicado causalmente la pérdida de nuestra libertad.

En lugar de la colonia de esclavos, la reconstrucción de un Estado nacional alemán. El Estado para nosotros no es un fin sino sólo un medio para el fin. Fin en sí es la nacionalidad, es decir, la suma de todas las fuerzas vivas en el pueblo, creativamente plasmadoras. La forma que hoy se llama República alemana ya no es medio para la conservación de nuestros bienes hereditarios raciales. Ha llegado a ser fin en sí y fin último, sin nexo interior con el pueblo sus necesidades vitales. Queremos la superación de esta colonia de esclavos y su sustitución por Estado nacional de la libertad.

Para todo compañero nacional y de sangre: ¡trabajo y pan! Toda producción ha de encontrar su pago en base al rendimiento. Para los trabajadores alemanes, ¡más ingresos!

¡Implantación de la economía de artículos de primera necesidad! Satisfacer primero las necesidades vitales más indispensables, después lujo y fruslería. ¡Para el trabajador, trabajo! ¡Para el campesino, tierra! .La política exterior alemana, que hoy se agota en malvender lo que nos pertenece, debe ser reorientada consecuentemente y sacar radicalmente las consecuencias políticas que resultan de la falta de espacio vital de Alemania.

¡Lucha desconsiderada contra el parasitismo! ¡Guerra a los rapaces, paz para los productivos! Eliminación de todas las influencias económico-capitalistas sobre la configuración de la política del pueblo.

¡Paz entre los conciudadanos productores. Cada cual ha de poder cumplir su deber en su lugar para provecho de la totalidad; para ello el Estado debe encargarse de la protección del individuo y de garantizarle el producto de su laboriosidad y su trabajo. Comunidad nacional no como frase, sino como logro revolucionario tras haber obtenido luchando en la forma más radical, los derechos vitales elementales de los trabajadores.

¡Solución de la cuestión judía! Erradicación consecuente de todos los elementos racialmente extraños de la vida pública en todos los terrenos. Separación nítida entre el alemán y el no-alemán sólo en consideración a la raza y de ninguna manera a una nacionalidad simulada o a su confesión religiosa.

¡Basta de parlamentarismo democrático! El asesoramiento al jefe del Estado debe ser efectuado por un Consejo político fundado en la ley del vigor y de la selección.

Reconstitución de la fidelidad y de la fe en la vida económica. Reparación incondicional de la injusticia con que se ha robado y depredado a millones de alemanes.

El derecho de la personalidad frente a la masificación. Guerra al veneno corrosivo de intelectualismo internacional-judío. Consciente fortalecimiento del vigor y de las costumbres alemanas. Extirpación de los focos de podredumbre de la inmoralidad y la corrupción racial orquestada por los judíos.

¡Pena de muerte para los crímenes contra el pueblo! ¡Horca para los sucios negociantes y los usureros!

Un programa sin compromisos, pero, en cambio, con hombres que quieren apasionadamente su logro mediante la lucha. Una consigna sin fórmula, pero henchida de energías vivas.

La revolución está en marcha. ¡Exigimos!

6-VIII-1928

PACIFISMO

¡Paz en la tierra a los hombres!

Dice el judío y cierra la caja de caudales. No necesita a ningún guardia delante. La conciencia mundial cuida sus bienes y sus haberes y el muy culto Miguel se admira de cuán esmerada y prácticamente todo esto está organizado.

¡Jamás de nuevo guerra! Así gritan los intransigentes, Lamentablemente a ningún bromista se le ha ocurrido fundar una liga con el grito de batalla: ¡Jamás de nuevo calambres abdominales! Tendría tanta razón como los amigos de la paz.

¿Significa esto que se ha de querer la guerra por la guerra misma? ¡Por Dios, no! Pero no se elimina la guerra deponiendo las armas. De la misma manera que no se pone término a los calambres cortando el abdomen.

También la paz debe ser defendida, y por cierto, como todos los bienes de esta tierra, con la espada. Quien quiere la paz, ármese para la guerra. Y el que quiere guerra, ese que predique la paz. Así reza la cuenta.

¡Tranquilidad y orden! gritáis vosotros. ¡Bien! ¿Por qué no habéis gritado eso cuando imperaba tranquilidad y orden, entonces, antes de la guerra? Entonces hicisteis alboroto contra el Estado, y ahora, cuando mediante intranquilidad y desorden vosotros mismos entrasteis en la butaca, exigís de nosotros que seamos buenamente tranquilos; y mientras tanto nos vaciáis cautelosamente los bolsillos. ¡Esto sí que os convendría!

Cuando alguno penetra de noche sigilosamente en una casa para robar los cubiertos de plata, también ese está a favor de la tranquilidad y el orden. Y si detrás de él una aguda voz femenina grita: ¡ladrones en casa!, entonces se mostrará muy asombrado y dirá que eso perturba la tranquilidad de la noche.

Un ideario no es un adorno para ser usado los domingos por la tarde, sino auxiliar y señal de camino en esta dura vida. No debe tener sólo validez en el pálido reino de las teorías, sino sobre todo en el duro reino de la existencia diaria.

Un pacifista está convencido de que la mejor forma de servir a la paz es mediante el renunciamento. El otro sin duda se pondrá en razón alguna vez. Comencemos, pues a deponer las armas. Entonces el enemigo hará lo propio.

Por consiguiente: el señor Müller pasea al anochecer por el Tiergarten, pacíficamente, con sonidos de órgano, cantando himnos, con la rama de olivo en la mano: el señor Müller es pacifista. De repente hay dos delante de él que le ponen una fría pistola en la frente de un modo que ya no puede ser malinterpretado. Estos, por consiguiente, presumiblemente no son pacifistas. ¡El dinero o la vida! El señor Müller da el dinero y

se queda con la vida. ¡El saco o la vida! ¡El reloj o la vida! Y así ad infinitum. Hasta que el señor Müller ya no tiene nada o hasta que dice no y ofrece resistencia. ¡Sí, así es la loca vida! Pero el señor Müller, por cierto, no es pacifista. Apenas ve relumbrar una pistola en la noche entonces llama a la policía. también eso lo sabe Muller, que la policía no lleva una rama de olivo en el escudo, sino la cachiporra de goma en el cinto. Esto significa por consiguiente: si el señor Müller está en peligro, entonces apela a la fuerza de los otros, que él mismo es demasiado cobarde de ejercer. Esta es “la madre del borrego”.

El pacifismo es renuncia a la auto defensa y confianza en la protección de los otros. Pagar a hombres para que defiendan nuestra vida y nuestros bienes, eso es para el pacifista la última cumbre de la cultura. Exponer, en cambio, la propia vida justamente por esa vida, eso es para él correspondientemente la forma más abyecta de la barbarie. Y así se presentan entonces estos pacifistas en la práctica. Afuera, ante el exterior, están tirados panza arriba, mendigan, gimotean, lamen al esclavista el polvo de las botas y besan la mano que los castiga; pero respecto al país, la cresta se les hincha en la misma medida que se les baja afuera: frente al enemigo, son infames, cobardes y viles. Se resarcen entonces de todas las humillaciones que sufren desde afuera con sonrisa boba e impertinente, ensañándose cobardemente con el adversario político. Hacia afuera la consigna reza: ¡jamás de nuevo guerra!, y adentro cantan: ¡la sangre ha de correr a raudales!

Este es el revés de la medalla. ¿Hubo jamás tanta falta de paz en nuestro pueblo como en el último decenio en que servimos a la paz mundial?

No, todo es mentira y engaño lo que estos lobos con piel nos enseñaban:

la paz no se logra hablando, sino combatiendo.

No es el bien supremo. ¡Sobre ella está la vida eterna!

¡Y el sentido de la vida se llama afirmación!

Un pueblo que renuncia a ello, renuncia entonces al derecho a la vida. Otros pueblos, qué obedecen a esta eterna ley de la existencia, marcharán por sobre él. Pues este es el único derecho que Dios dió a los pueblos: vivir y defender la sagrada vida.

Por consiguiente, ¡vamos a actuar!

12-III-1928

¡RESPONSABILIDAD!

Ninguna tienda, negocio, oficina, fábrica y asociación y ni siquiera en un club de bolos no se encuentra a uno que lleva la responsabilidad; esto quiere decir, cuya prosperidad y ruina no esté estrechamente ligada a él. Si una fábrica arroja altas ganancias, entonces el director gana un buen montón de dinero. Si produce déficit, entonces aquél vive en gran estrechez, y si quiebra, entonces debe hacer sus maletas.

¡Así y no de otra manera sucede en esta loca vida!

Con excepción de la República “alemana”:

Cuanto peor le va a la República, tanto mejor les va a sus ministros. Cuanto más tienen que pagar en impuestos sus ciudadanos, tanto mayores emolumentos perciben sus directores generales. No hay nadie que lleve la responsabilidad. ¿A quién podemos premiar si nos lleva a la salvación? ¿A quién podemos castigar si vende nuestra alma al diablo? Un mal ministro arriesga en la República cuanto más, sabiendo que después de un par de años se lo pone de lado Pero estos años le son endulzados con cargos, dietas y pensiones generosamente regalados.

En verdad, esto es lo mínimo que un pueblo puede exigir de sus gobernantes: que estén dispuestos a mantenerse y caer con la validez de su principio. El que se arriesga a tomar

el destino de sesenta millones de hombres en su débil mano debe estar tan profundamente imbuido de su misión divina que, si alguna vez queda probado lo contrario, ha de pagar gustoso y dispuesto el fatal error con su cabeza.

¿Dónde encontramos esto en la República? Los ministros vienen y los ministros se van. Hacen experimentos con el pueblo, y si su método fracasa, entonces vuelven a sentarse en su banca del Reichstag y hacen oposición contra sus sucesores. Los partidos se presentan ante el pueblo soberano y le prometen montañas de oro. Nada, nada en absoluto quieren y pueden cumplir de ello. ¿Dónde está la instancia en la mundialmente célebre Constitución de Weimar que llame a rendir cuentas a los parlamentarios porque engañan a sabiendas y cobardemente al pueblo? Los partidos delegan sus jefes de fracción en los gabinetes gubernamentales. Hacen política como les place, gobiernan contra su programa y promesas dadas mil veces y solemnemente. ¿Dónde está la corte de justicia que en nombre del pueblo les recuerda su deber?

Ya que vuestro Estado es un negocio, ¿Por qué olvidáis al respecto la instancia de la cual sabéis que hasta en cualquier bar e, importante e indispensable? ¿Podéis imaginaros una empresa sin el director, que lleva por todo en general y particular la plena responsabilidad? Y no podemos exigir eso de vosotros que organicéis de acuerdo a la receta con la cual hacéis vuestros negocios, también el gran negocio de la provincia monetaria alemana?

El pueblo elige partidos. Si pecan contra el todo, entonces se remiten a la masa electoral anónima y por ello, inasible, que los envió a los parlamentos. Los partidos eligen a los ministros. Si éstos vejan los derechos del pueblo, entonces se remiten a la mayoría parlamentaria que los delegó al gabinete. La democracia es un refinado y sutilmente imaginado sistema de irresponsabilidad, en el que una mano de pillo lava a la otra. Y si alguna vez sobreviene la catástrofe inevitable, entonces los tunantes se esconden detrás de las mayorías y se lavan sus sucias manos en inocencia.

¿Cómo puede cambiarse esto? Poniendo el poder confiadamente en la mano de uno, pero exigiendo en cambio de él que responda con su cabeza por todo lo que hace y deja de hacer. ¿Esto es dictadura? ¿Es que acaso vuestra así llamada democracia no es dictadura? Y por cierto, una dictadura de los inferiores, que deben esconderse detrás de las mayorías sólo porque el pueblo jamás los soportaría si dejaran jugar su poder abiertamente y sin disfraz? ¿Es que hoy manda el pueblo o, por el contrario, la chusma del dinero?

La democracia es la dictadura de los negociantes sucios. Así ya era en tiempos de Platón y así también lo sigue siendo hoy.

Queremos una dictadura abierta, cuyo arte de gobierno puede ser controlado por el pueblo. No queremos mandar en función de nosotros mismos. Sólo queremos que a la cabeza del pueblo estén hombres de los cuales tengamos la confianza de que quieren algo y sean capaces de algo. Han de estar equipados con todos los derechos. Pero en cambio cargan entonces también con la total responsabilidad por nuestro bienestar y nuestro malestar .

No queremos co-gobernar. Sólo queremos tener la certeza de que se gobierna decentemente.

No queremos derechos de papel ¡queremos libertad y pan!

Un gobierno sin responsabilidad firmemente delimitada sucumbe por su propia debilidad. Esta es la causa más honda de nuestro infortunio actual.

Por eso, ¡afuera las mayorías responsables! ¡Qué venga un hombre que arriesga su cabeza como garantía!

16-IV-1928

LO QUE DEVENDRA HISTORIA

Ahora ya no se puede eliminar discutiendo al Partido Nacionalsozialista Alemán de los Trabajadores. El está, integra con un grupo considerable el Reichstag y los otros parlamentos alemanes y hace oír su voz airada y orgullosa, participando en forma algo indiscreta y de ninguna manera en relación con su importancia numérica, del chapoteo monótono de la verbosidad demócrata-pacifista. Ya nos hemos hecho notar hacia todos lados de una manera desagradable y que ataca los nervios, y los señores del cumplimiento ya tendrán un pequeño gusto anticipado de cómo saben las cerezas que se comen con nosotros.

El Partido por fin está parado nuevamente seguro e inmovible con ambos pies sobre suelo sólido, está firmemente arraigado, como ningún otro dentro y fuera del parlamento, en las anchas masas populares, y se considera ahora lo suficientemente fuerte como para abrir también en el Reichstag masivamente y en amplio frente de ataque, la lucha contra el sistema imperante de Weimar. ¿Quién hubiera osado pensar eso hace tres años, cuando el jefe del Partido era puesto en libertad de su arresto en la fortaleza y se decidió, en contra de todas las prevenciones y amenazas de los oportunistas, a volver a levantar con pocos leales el aparato organizatorio en ruinas del viejo Partido? Entonces el Movimiento era en Alemania del sur un caótico montón de escombros, en el que los más distintos grupos y bandos se peleaban entre sí encarnizadamente; en Alemania central apenas huellas de la fuerza y grandeza de antaño, en el oeste y norte recién comienzos jóvenes, en germen, que no podían afrontar ninguna tormenta seria. Pero en todas partes vivía aún la vieja voluntad que había estremecido candentemente el 8 y el 9 de noviembre de 1923. Apenas el creador insufló su hálito en los miembros entumecidos, comenzó a florecer por todas partes vida nueva de las ruinas.

Y ahora, en lucha dura, tenaz, con un adversario superpoderoso, el fundamento del Partido está echado de nuevo. El espíritu del Movimiento se volvió fuerte e inquebrantable frente a la resistencia que le era ofrecida por mandatarios burgueses y marxistas. El Partido fue hacia adelante y hacia arriba, conquistó lenta, pero seguramente, terreno tras terreno de la defensa enemiga y se dispone ahora a avanzar desde lo puramente partidario al área de la gran política. Si lo que desde febrero de 1925 dejamos atrás nuestro en lucha y sacrificio, no trascendió considerablemente el círculo del organismo partidario, entonces comenzamos ahora a ejercer política en gran escala, elevándonos con ello a protagonistas de una historia en germen.

Esto es un capítulo de la más seria responsabilidad. Ahora ya no trabajamos para nosotros, trabajamos directamente en la Nación por venir. Si alzarnos nuestra voz, entonces hoy se dirige mucho más allá del círculo cerrado de los asociados, al pueblo alemán. La Nación y más allá, el exterior, han de oírnos cada vez más, han de tomar en consideración nuestra voluntad y comenzar a contar con nosotros como eminente factor político futuro. Esto no lo hará muy gustosamente el lado contrario: pero tanto más audible e imperturbablemente hemos de sustentar nuestras demandas, y en forma tan segura e indiscutible que puedan afrontar todas las dudas y críticas. Hasta ahora sólo fuimos agitadores. Hoy somos más: predicadores y representantes del futuro Estado nacional alemán. A esto también debemos dar expresión hacia afuera en todo: en gesto, palabra, símbolo y acción. Una responsabilidad de la más severa disciplina en que la más aguda autocrítica debe llegar a ser directriz de nuestro hablar y proceder. Prensa, agitación, propaganda y organización han de ser desde este momento expresión manifiesta de este nuevo rumbo que ha sido fijado. Desde ahora hablamos y escribimos no ya para nosotros, sino para Alemania. Ya no somos un Partido, somos ahora un Estado en el Estado indigno (Unstaat). Lo que ejercemos ahora, eso es política auténtica

y como tal historia en devenir. Entramos ahora nuevamente en el amplio marco de la evolución histórica, y ya no se nos podrá borrar de la historia. Piense cada cual que toda acción, toda palabra, todo renglón y todo paso de marcha contribuirá a formar la imagen que se harán de nosotros las generaciones futuras. ¡Pongamos manos a la obra! ¡Ante el siglo lo mejor es apenas suficientemente bueno!
25-VI-1928

AÑO DE LUCHA 1930

Cuando hasta ahora, al finalizar el año encontramos una hora de tranquilidad para echar una mirada retrospectiva sobre los pasados y una mirada hacia adelante sobre los venideros doce meses, entonces siempre lo hicimos con una secreta amargura. No es que jamás hayamos dudado de la validez y de la victoria definitiva de nuestro Movimiento. Era para nosotros en las tormentas del tiempo el polo tranquilo en la fuga de las apariencias, lo único estable entre los cambiantes escenarios de la vida cotidiana, a lo que nos aferrábamos con toda nuestra fe y todo nuestro fervor para no tener que desesperar en el cobarde escepticismo del presente. Pero es cierto que mirábamos hacia atrás sobre años de lucha duros y difíciles, sin que en el cielo de nuestras ansias hubiera amanecido la estrella del éxito. Habíamos arado tierra de labor dura y de pesadas glebas y esparcido simiente en los surcos; pero aun esperábamos en vano el día de la cosecha. Esto ahora ha cambiado. El viento tornó, y ahora está más próxima la cosecha. El año 1929 fue no sólo un año de lucha, también fue un año de éxito. En sus comienzos nuestro Movimiento estaba aún en el anonimato, rodeado de la burla y befa de la “opinión pública”, detrás del muro de hielo del boicoteo. Y entonces comenzó de repente su ascenso triunfal. Tuvimos elecciones en todos los ámbitos del Reich en las cuales todos los otros partidos fueron perdedores sin excepción y el NSDAP el único vencedor y además este despliegue de un nuevo frente del activismo consciente no se limitó a clases, a profesiones, a confesiones ni tampoco a comarcas. Pasó a través de las viejas y caducas formaciones clasistas de la Alemania burguesa-marxista languideciente, y se confesaron por nuestro ideal el campesino y el hombre de la ciudad, el obrero y el empresario, el protestante y el católico, el alemán del norte y el del sur. Fue en verdad un inicio de marcha de la Nación como en este apasionamiento explosivo no había sido vivido hasta entonces. Y este movimiento en lo más mínimo ha llegado a pararse. Crece aun en estas semanas de tranquilidad política como un alud, y hoy aun no podemos calcular adónde conducirá en los próximos meses.

Tenemos, pues, justificados motivos para volver la mirada al año 1929 con profunda satisfacción y adelantarla con gran fe al año 1930. Lo que desde hace diez años anhelábamos con todas las fibras de nuestro corazón ha llegado a ser ahora feliz realidad: las cosas han echado a rodar. El entumecimiento de la vida política en Alemania ha cedido a una refrescante vitalidad. Los campos se han dividido y formado nuevamente al dividirse, y hoy ya no cabe ninguna duda de que en los pasados doce meses hemos logrado por lo menos imprimir al frente de la oposición, sobre todo en cuanto a idea, táctica y método, nuestro sello. Donde hoy en Alemania avanzan grupos políticos en rebeldía, donde se reclaman con apasionamiento los ideales de una nueva conciencia estatal, donde se levanta protesta contra el régimen de mentiras y oprobio de esta República, allí se hace bajo nuestro clamor de batalla. Damos hoy al movimiento inicial de marcha de una Alemania por venir, ritmo, idea y consigna. El grupo sectario despreciado y calumniado de ayer se ha convertido en el portador ardientemente discutido. Ferozmente odiado, pero también amado con fervor, de la oposición alemana global.

Sería erróneo no reconocer que en nuestra ascensión vertiginosa la Fortuna estuvo fielmente a nuestro lado. Ciertamente hemos tenido suerte de la que no fuimos responsables; pero suerte ha de tener el que quiera atar la victoria a sus banderas. Pero más allá de ello no queremos ni debemos olvidar que hemos merecido honestamente la mayoría de nuestros éxitos mediante trabajo, valor, espíritu de sacrificio y pasión política. Esto también ha de ser dicho alguna vez. Sólo los tunantes son modestos. Ningún otro partido se puede medir en la actualidad con nosotros en cuanto a laboriosidad y agilidad, tenacidad y actividad, espíritu de ataque y ritmo. La suerte va y viene; a la larga sólo la tiene el capaz.

Y así entramos llenos de expectativa y esperanza, pletóricos a estallar de espíritu emprendedor y fanática entrega, al año 1930. Será un año de lucha en el significado mejor de la palabra. Las crecientes crisis en la vida económica y política se condensarán en catástrofes espontáneas: y requieren de nosotros claridad en la meta, rectitud en la táctica e inflexibilidad en el método. Ya no somos un partido de excluidos. Ya hoy Alemania nos mira y mañana quizás el mundo. Así como esta democracia se atrofia y se encostra políticamente, así nuestro Movimiento crece y gana en ritmo y capacidad de maniobrar. La lucha -sin que aquellos que nos la impusieron sospecharan lo que hacían con ello- lo forjó férreo y duro. Contra su voluntad inmovible se estrellarán todos los intentos de terrorismo y medidas persecutorias. Ya pasó el que, sencillamente, con un plumazo de cualquier funcionario político vuelto rabioso, se nos podía borrar del mundo de los hechos. El NSDAP, sin que sus adversarios lo sepan o quieran aceptarlo, ya ha penetrado en el comienzo de su misión histórica.

¡Zafarrancho! Las velas están tendidas y se hinchan orgullosamente en el recio viento que sopla por sobre Alemania. De lo alto de la cubierta suenan los ritmos atronadores de la tripulación que, férreamente unida ya sea para la fortuna o el infortunio, quiere osar el viaje. ¡Adentro, al año de tormenta 1930! ¡Al mar de los combates políticos, donde se luchará por la última victoria!

¡Que soplen y rujan las tormentas! ¡No nos espantan! ¡En la tormenta hemos crecido, y en la tormenta venceremos o caeremos!

¡Las sirenas ululan, la alegre partida comienza!

¡Adelante, marineros, levad anclas!

2-I-1930

EL PARTIDO

El Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores tomó un incremento tal en el curso del último año que probablemente sea único en toda la historia partidaria alemana. Esta ascensión de ninguna manera se ha estancado en la actualidad. ¡Todo lo contrario! Se siente directamente cómo este Movimiento conquista día a día fortaleza tras fortaleza, cómo se impone vigorosamente y victoriosamente en la ciudad y en el campo y justamente hace su irrupción más triunfal allí donde, después de una resistencia inicial, supera los primeros obstáculos e impedimentos y recupera luego con un ritmo sencillamente vertiginoso lo inicialmente perdido.

Sería ocioso investigar en particular todas las causas que han conducido y continúan conduciendo a este crecimiento incontenible. De! seguro una parte considerable de sus éxitos ha de verse en la atmósfera política tan cargada de tormentas de los últimos meses, en las crecientes catástrofes económicas y políticas, que por lo general y forzosamente empujan a las anchas masas a organizaciones radicales. Pero sería muy corto de vista y denotaría una grave carencia de conocimiento de las fuerzas realmente impulsoras de la actualidad, quien en ello solamente viera las causas de nuestros éxitos.

Muy por encima de los condicionamientos de la vida diaria, nuestro Movimiento comienza a ser, sin duda, cada vez más visible como expresión más significativa de aquel gran inicio de marcha de la voluntad alemana, cuyas fuerzas, hasta el presente casi sofocadas bajo los escombros y el lodo de la revuelta, asoman ahora paulatina e inconteniblemente a la luz.

Que sea como quiera. A nosotros, de cualquier manera, nos incumbe en esta evolución el deber de cuidar de que nuestros éxitos diarios se conviertan en éxitos duraderos, no tolerando que las olas de esta marea arrolladora, que fluyen en ancho torrente, lleguen finalmente a perderse miserablemente en la arena. Separar las granzas del trigo y abocarnos imperturbables y consecuentes justamente ahora a los cometidos que, aunque en el momento menos populares, aparecen tanto más necesarios para dominar definitivamente el destino alemán.

Como lo más imperioso se nos presenta, entonces, la tarea de extraer de la tropa en marcha cada vez más consciente y consecuentemente el equipo de dirigentes de segunda línea, que más tarde ya todo trance requerimos para impregnar totalmente el Estado con nuestra cosmovisión. Nuestro Partido tiene un brillante material de adeptos, y que sus vértices más altos están ocupados por cerebros agudos y radicales, seguramente está fuera de toda duda también en el exterior del Movimiento. Sólo nos falta, y momentáneamente ésta es nuestra deficiencia más significativa, el cuerpo de dirigentes menores formados y entrenados consecuentemente en la escuela partidaria. Estos no se pueden obtener por mando, hay que educarlos. Casi todo Gauführer (Jefe de Comarca o Distrito) se queja de que sus trabajos más importantes en lo principal los debe hacer él mismo, ya que en el instante decisivo sólo puede confiar en sí mismo. Ello debe y puede ser remediado, y esto de tal manera que las autoridades responsables se formen sus colaboradores, que les asignen una esfera de trabajo firmemente delimitada en la que se pongan prácticos, pero dejándoles luego también iniciativa y responsabilidad. De esta manera aumentan el afán de trabajo y la disposición para asumir responsabilidades. Uno no tiene que hacer todo. Por el contrario, los que deciden deben ver su misión principal en distribuir acertadamente los trabajos, no cargar a nadie pesos que no puede llevar, y luego observar en todos los ámbitos de su incumbencia si todo va bien.

De esta manera logros dos cosas: primero, que el círculo de colaboradores responsables crezca, y segundo, que los camaradas partidarios dirigentes sobrecargados con el peso principal, queden algo aliviados y puedan aplicar su esfuerzo siquiera aquí y allá a objetivos que aunque no hoy, quizás ya mañana, sean de una importancia trascendente. Es absurdo exigir de un hombre durante años que haga de todo y además, encuentre tiempo para perfeccionarse. También nuestro Movimiento no es inagotable en reservas, y nada peor nos podría suceder que alguna vez marche en el vacío en sus fuentes principales. ¡Haced de los seguidores colaboradores! Distribuid entre ellos las múltiples problemas que el Partido tiene que solucionar hoy organizatoria y propagandísticamente, y despejad las fuerzas productivas para el trabajo intelectual preparatorio con miras a mañana y pasado mañana.

Y algo más: cuanto más crece el Partido, tanto más también fluyen dentro de él elementos que no pertenecen a él. Entre nosotros no ha de decidir el número, sino el valor. También en esto una objetividad sin ilusiones nunca puede ser perjudicial. Afiliados al Partido que ven su único deber para con el Partido en pagar a duras penas sus cuotas de afiliación no pertenecen a nuestro frente, sin hablar de los que no hacen ni siquiera eso. Allí una “desconsideración áurea” está perfectamente indicada. Un cliente moroso, si se lo deja actuar en forma desmoralizadora durante años entre un grupo combatiente, puede a la larga incapacitar a todo el grupo para la acción. Nada echa a perder tanto como los malos ejemplos. Nuestro Movimiento es y seguirá siendo un

partido de la selección. Ha de ser cada vez más un honor el pertenecer al Partido como miembro combatiente, y nada es más indigno y contrario al carácter de nuestro Movimiento que ir a limosnear por socios. El que viene, es bienvenido. Pero entonces también, como nosotros, ha de cumplir con deberes y no exigir derechos. Y de vez en cuando los distintos cuadros harán bien en limpiar sus filas mediante una acción depuradora general.

Los problemas que el Partido tendrá que solucionar en un tiempo próximo sobrepasan casi lo humanamente posible. Sólo naturalezas combativas realmente firmes e imperturbables podrán dominarlos. Cuidemos ya hoy que el Movimiento, llegado el momento decisivo, esté interna y externamente a la altura de las exigencias que el destino le formule.

30-III-1930

EL FÜHRER

Para ser conductor se requiere carácter, voluntad, eficiencia y suerte. Si estas cuatro condiciones fundamentales forman una unidad armónica en el genio, entonces proporcionan en su totalidad el tipo ideal del hombre elegido históricamente. El carácter está a la cabeza de todo. Conocimientos, saber libresco, experiencia y rutina más bien son en perjuicio que en provecho de una personalidad si no están fundamentados y unidos por la fortaleza del carácter. Recién el carácter los lleva a la plena validez y eficacia. El lleva implícito en sí valor, constancia, energía y consecuencia. El valor da al hombre la fuerza no sólo de reconocer lo justo, sino también de decirlo y de hacerlo. La constancia le confiere la facultad de perseguir una meta reconocida como obligatoria también cuando a ello se oponen obstáculos aparentemente insalvables, proclamarla también cuando es impopular y hace impopular. La energía moviliza aquellas fuerzas en el hombre que lo hacen pronto a jugarse lo último por una meta y procurar alcanzarla con obstinación, y la consecuencia da al ojo y al cerebro esa agudeza certera de conocimiento y lógica en el pensamiento y en la acción, que eleva al hombre verdaderamente grande de entre la ancha masa que se mueve siempre perdida de un extremo al otro. Estas virtudes varoniles otorgan en conjunto lo que llamamos carácter. Carácter, por consiguiente, es una fuerza de estilo y postura incrementada a lo eminente.

La voluntad eleva el carácter de lo individualista a lo universalista. La voluntad recién hace del hombre de carácter el hombre político. Todo hombre que significa algo, quiere algo, y además está dispuesto a aplicar a la realización de su voluntad también los últimos medios. La voluntad distingue al hombre simple pensante del actuante. El es el mediador entre conocimiento y conclusión. No sólo importa que sepamos lo justo, sino más bien y en lo principal, que querramos lo justo. Esta sentencia tiene, sobre todo en el ámbito de la política, su significado de validez general. ¡De qué sirve que reconozca al enemigo si no uno a este conocimiento, la voluntad de destruirlo! Muchos saben porque Alemania se perdió, pero solo pocos sacan de este saber la voluntad de acabar con el infortunio. Esto es lo que distingue al elegido para la conducción de aquél que solamente comprende: que no sólo tiene la voluntad para querer, sino también el querer para la voluntad.

Pero lo que el última instancia importa en política, no es lo que se quiere, sino lo que se logra. Esta sentencia sirve de transición a la tercer condición esencial del hombre político genial: la eficiencia. La exigencia trae el rendimiento. Conducir significa querer y señalar caminos para la realización de aquello que se quiere. La historia no decide sino por lo alcanzado. Precisamente entre nosotros los alemanes es necesario volver

siempre de nuevo sobre esto. La política es un asunto público, y en el ámbito de la generalidad no se debe proceder conforme a leyes que quizás aparezcan como aplicables en la esfera privada. Nosotros los alemanes nos inclinamos frecuentemente a tomar también en la política lo que se quiere por lo que se ha sido capaz de conseguir y perdonar a todo miserable si enfatiza que quiso lo bueno y lo justo. “No hemos socializado”, dice el marxista de noviembre, “pero por lo menos lo hemos querido”. Esto no es lo que importa; de la misma manera que también en un violinista es indiferente si quiere tocar el violín: debe saber tocar el violín. El que en política aduce querer salvar a un pueblo, debe tener ante todo la capacidad para ello.

Carácter, voluntad y eficiencia, estas tres condiciones previas para la conducción, tienen su fundamento en el hombre genial mismo. Están, o no están. A ello se agrega el cuarto factor que, por así decirlo, lo une a aquella fuerza de la cual proviene y cuya voluntad cumple como instrumento: la suerte. El conductor debe tener suerte. Su mano debe estar bendecida. En todo lo que hace y deja de hacer debe reconocerse que está bajo el amparo y la protección de una fuerza mayor. Todo puede la masa perdonarle al conductor, menos la falta de suerte. En eso sólo es inmisericordiosa.

La masa no es antijerárquica; sólo se defiende instintivamente contra esos usurpadores que pretenden el poder sin aportar para ello la voluntad y la capacidad requeridas. El conductor por igual, tampoco es enemigo de las masas. Detesta solamente el barato método de un cobarde demagogia, que da al pueblo frases en lugar de pan.

El conductor debe saber todo. Esto no quiere decir que en todo comprenda la técnica de las cosas; pero debe conocer su esencia. Para la técnica pone a los otros, espíritus serviciales, que constituyen el mecanismo en el engranaje de la política.

El arte de la organización es uno de los factores más importantes en el ámbito de las condiciones del hombre político. Organizar significa dividir acertadamente trabajo y responsabilidad. El conductor es, en cierto modo, el maestro de máquinas en el engranaje de una organización política que funciona en los más mínimos detalles.

*

Celebramos hoy solamente el cuadragésimo natalicio de Adolf Hitler. Creemos que el destino lo ha elegido para señalar al pueblo alemán el camino. Por eso lo saludamos con fervor y devoción, y sólo deseamos que nos sea conservado hasta que su obra esté terminada.

22-IV-1929

CUANDO HABLA HITLER

Está en la esencia del genio, ver lo grande y necesario, mientras que el talento sólo alcanza a reconocerlo. El genio por lo general produce un pensamiento fundamentalmente creador y lo varía en las formas más diversas. El talento saca a luz muchas buenas ideas, pero casi sin excepción ya han sido pensadas alguna vez y en alguna parte. Al genio pertenece lo nuevo, lo creativo, lo exaltado y lo absoluto. El talento se mueve en el plano de lo conocido. No es único, no es temporal, no es eternamente válido en su eficacia e influencia como lo es el genio. Las obras del talento son resultados de afán, perseverancia y dones. El genio es autocreativo únicamente por la gracia.

En el instinto radica la fuerza más productiva del hombre genuinamente grande. A veces ni siquiera es capaz de decir porque todo es así. Se conforma con: es así. Y entonces es así. Lo que laboriosidad, conocimientos y sabiduría escolar no atinan a solucionar, eso

Dios lo anuncia por boca de aquellos a quienes ha elegido. El genio en todos los terrenos de actividad humana es elección. El hado de la creatividad obliga al grande hombre a ser y actuar cómo es y actúa, y así lleva entonces a la realización su ley. Cuando habla Hitler, entonces se derrumba por el mágico efecto de su palabra todo obstáculo. Sólo se puede ser su amigo o su enemigo. Separa a los cálidos de los fríos. Pero la tibieza la escupe de su boca. Hay personas que lo escucharon por primera vez como su más ardiente adversario, ya los diez minutos fueron sus adeptos más apasionados. El es el gran simplificador, que con pocas palabras despoja los problemas destrozados de la actualidad alemana de sus accesorios y los muestra en, toda su crueldad acre, desnuda, inexorable. Ante él no puede mantenerse ninguna frase. Los gobernantes de Alemania ya sabían por qué prohibieron a este hombre la palabra. Desde su punto de vista es apropiado para Hitler la palabra que Robespierre dijo una vez de Marat: "Este hombre es peligroso, cree lo que dice".

El pueblo posee una fina intuición respecto de si se procede honestamente con él. El instinto nacional a la larga no se deja engañar si un hombre o un movimiento habla distinto de lo que hace, dice otra cosa de la que piensa. Con Hitler esto está fuera de toda duda. Se lo rechaza categóricamente, o bien se ve en él sólo aun la posibilidad de una recuperación del Reich. Pero nadie lo ha escuchado jamás que no fuera convencido en lo más íntimo de que él mismo cree en el ideario que propugna.

Este es el misterio de su fuerza; su fe fanática en el Movimiento y con ello, en Alemania. Se le ha objetado que lo que dice son cosas lógicas que se comprenden por sí solas. Pero lamentablemente su exacto contrario es hoy natural y lógico en nuestra política. ¿Por qué no se le ocurre a nadie en Alemania trasladar a la práctica sus obviedades?

Para ser hombre de Estado se requieren tres factores: el don de ver intuitivamente, el don de hacer comprensible esta visión a los de afuera, y el don de transformarla en valores de poder políticos. El hombre de Estado debe ser simultáneamente reconocedor, orador y organizador. Estos tres dones los encontramos en Hitler. Por eso su propaganda es ya hoy más que discurso. Es política, aunque él esté en la oposición. Es medidora entre conocimiento y plasmación política. Conocer podrán muchos, organizar más aún, pero de un conocimiento trascendental construir valores políticos del futuro mediante el poder de la palabra, eso lo puede hoy en Alemania sólo él. Muchos son llamados, pero sólo pocos elegidos. Todos nosotros estamos inconmoviblemente convencidos de que él es el vocero y el indicador del camino.

Por eso creemos en él. Por sobre su arrebatadora figura humana vemos en este hombre la manifestación de la gracia del destino, y nos aferramos con todas nuestras esperanzas a su idea y unido a ello, a aquella fuerza creadora que lo impulsa y nos impulsa a todos adelante.

¡Hacia el porvenir!

19-X-1928

II

LOS TESTIGOS DE LA SANGRE

¡RECORDAMOS A LOS MUERTOS!

Un opresivo día de noviembre gris pesa sobre la tierra alemana. El sol del verano ha palidecido. El otoño ha comenzado, y detrás de él ya está inexorablemente cruel el

invierno. ¡Noche en el pueblo alemán! El activo parloteo de paz, libertad y pan deja lugar a un silencio perplejo, y tras este silencio se esconde el miedo desnudo, cobarde, de las cosas por venir. Hace nueve años se bautizó la República más social del mundo. Por novena vez festejamos el cumpleaños de la República. Hasta los verdaderos padres de este así llamado Estado ya no pueden encontrar mucha alegría en su hijo. Se pelean por la paternidad. Pero no es el caso que cada uno de ellos se adelante para figurar como progenitor y patrono de este santísimo Estado, sino que ninguno de ellos quiere hoy haberlo sido. Todos declinan unánimemente ser responsables del desvarío del 9 de noviembre de 1918 y se contentan de estar sobre el cómodo dorado suelo de las realidades.

Un pueblo saqueado, desangrado, niños hambrientos, sufriendo frío, madres que hace mucho olvidaron el llanto, hijos que cierran los puños en impotente rabia, y padres que se consumen en sordo rencor; esta es la vida en belleza y dignidad de la que tanto y tan elocuentemente habéis hablado.

Entre los chillidos de la danza macabra de un pueblo desmoralizado se oye el toque de silencio. Redoblan tambores. Sorda y pesadamente. ¡Sacaos las gorras! ¡Recordamos a los muertos!

Recordemos a los dos millones, que se desvanecen en los sepulcros de Flandes y Polonia. Recordamos a los miles y miles de soldados a quienes el océano en su inmensidad extendió una tumba eterna, movediza, nunca sosegada. Recordamos a todos los que cayeron de las alturas, que murieron en los hoyos de la tierra, que rezaron su último amén bajo la superficie del mar, y los que sucumbieron bajo los ardores quemantes del sol tropical en sed y tormento.

Recordamos a los soldados de la Revolución Alemana y a todos aquellos que ofrendaron su vida tres veces santa por la reconstrucción de la Patria en el altar del futuro. Recordamos a los Mártires por otro Reich, que sellaron la fe -la inquebrantable- con la sangre de su corazón. Recordamos a los hombres temerarios que en el tiempo de mayor ignominia de nuestro pueblo conscientemente se lanzaron a las bocas de los fusiles del enemigo y se desplomaron bajo el grito: ¡Viva la Patria!

¡Las banderas bajas! ¡Y doblad las rodillas! ¡Dios os dé fuerza para odiar y resistir con orgullo empecinado!

Bajo estandartes llameantes marcha una nueva juventud con frentes claras hacia otro mañana. A la cabeza, la nueva nobleza del valor y el coraje va al encuentro de la victoria o de la muerte. Los dados señalan muerte. Dieciséis trabajadores y estudiantes alemanes elegidos por Dios de las mayores alturas y de las más profundas profundidades del pueblo como símbolo, son abatidos a derecha e izquierda por las balas de la reacción y enrojecen, por un mejor futuro, con su sangre al empedrado. ¡No impidáis las lágrimas! Pero decidles que ordenen a vuestros brazos de trabajadores alzarse y jurad por Dios y todo lo que os es sagrado:

¡Jamás os olvidaremos!

¡Nuestra gratitud sea la venganza!

¡Hasta ese día!

Recordamos a los muertos que cada año el destino nos quita como prenda de nuestra victoria. El soldado pardo desconocido alza la bandera con la cruz negra sobre rojo sangre y señala silencioso el camino del deber. El sacrificio y la sangre siempre fueron las fuerzas impulsoras del triunfo final.

¡Camaradas! Un año ha pasado; un nuevo año comienza. ¡Recordamos a los muertos! Con dolor y alegría: penoso y jamás conocido es lo que el destino ha fijado para nosotros. Habremos de apurar hasta las heces el cáliz del sufrir. Quién sabe: mañana te

tocará a ti, pasado mañana a mí. La Historia saca de nuestras filas lo que necesita para nuestra gloria, para nuestro estímulo, para nuestra voluntad de acción.

No nos entregamos a la tristeza; nos levantamos y juramos: ¡Desquite! ¡Desquite!
¡Amanece el día!

Os saludamos, muertos nuestros. Alemania comienza a tener nuevo brillo en la aurora de vuestra sangre. Envolvemos con el manto escarlata de vuestra entrega a este pueblo avasallado, que aun en su más hondo infortunio conserva en sus mejores hijos, en vosotros, su nobleza real.

¡Soldados de la Revolución Alemana! ¡Ajustad más firmemente el yelmo! En la danza macabra suena el clarín. Redoblan tambores. Sorda y pesadamente. Desde los aires viene el eco de sonidos y redobles. El Ejército de los Muertos da respuesta.

Dejad tronar el ritmo marcial de los batallones pardos: ¡hacia la Libertad!

El Ejército de los Muertos marcha con vosotros, soldados del Asalto, hacia un porvenir mejor.

7-XI-1927

BANDERAS SOBRE LA CIUDAD

¡Nüremberg! En este nombre reside una magia sin igual. Nüremberg significa lo alemán por antonomasia. Bajo los muros de esta ciudad se realizaron hechos culturales de rango histórico- mundial. Cuando se habla de Nüremberg, entonces se quiere expresar la mejor tradición alemana que, preñada de futuro, señala hacia adelante.

En esta ciudad ya una vez marcharon hombres alemanes en época pletórica de destino por diezmiles, saludados y aclamados jubilosamente por patriotas alemanes, que pensaban entonces que el Nuevo Reich había surgido. Lo que entonces creció tan potente, se hundió en sí mismo porque aún no estaba unido y formado hasta lo último, ya que una gran herencia fue administrada en aciagos meses por hombres que no se mostraron a la altura de esta misión.

Ahora la Alemania nacional mira otra vez más a Nüremberg, donde hoy las camisas pardas nacionalsocialistas desfilan por diezmiles para manifestar contra la colonia y por el Nuevo Estado. Fe y esperanza de muchos centenares de miles acompañan esta marcha victoriosa de jóvenes activistas, que en una lucha de ya ocho años por la configuración política han demostrado que ni la muerte ni el diablo los puede aniquilar. El 9 de noviembre de 1923 se derrumbó la primera obra. Había cumplido su misión histórica y hubo de hacer lugar a un caos transitorio. Tras tiempos de la más honda decadencia, comenzó en febrero de 1925 la reconstrucción del Movimiento; y hoy mostró por primera vez en una convocatoria en masa que la posición de 1923 ya ha sido sobrepasada ampliamente y que el Movimiento está a la cabeza de la plasmación revolucionaria del futuro.

¡Camisas pardas! Una vez más toda Alemania tiene puestos los ojos en vosotros, pocos llenos de fe y confianza, muchos, muchos llenos de odio y desprecio. ¡Tened conciencia de ello! Nuevamente sois la punta férrea en la cuña de hierro, y esto lo debéis únicamente a vuestro valor, a vuestro coraje ya vuestra tenaz perseverancia. Hoy es un día en que podéis estar orgullosos de ello. Habéis demostrado una vez más ante la historia que Dios finalmente sólo ayuda a aquél que se ayuda a sí mismo. Cuando todos desesperaron, entonces habéis recogido la bandera que caía y la habéis llevado adelante en la noche y la oscuridad. ¡Ahora el Estandarte está firme! En todas partes, en cada ciudad, en cada aldea se os conoce, y donde no se os ha aprendido a querer, allí al menos se os ha aprendido a odiar y temer.

¡Hoy es vuestro día! Afluís desde todas las comarcas alemanas en la vieja venerable ciudad; venís de las fábricas, de minas y oficinas, del arado y de la rastra. Y en medio de vosotros está el Führer, el único Führer, que marcha adelante señalando el camino hacia la Nueva Alemania. A él le debéis el no haberos apartado ni un centímetro del curso recto. El os es garante de que también en el futuro será así.

¡Camisas pardas! Ahora aclarad las frentes y caminad erguidos y orgullosos por las calles de esta ciudad. Mostrad que os creéis y sois más que los otros. Hoy toda Alemania tiene puestos los ojos en vosotros. Hoy tú no eres escribiente ni tú proletario, tú no eres peón de campo y tú no eres un pequeño empleado. Hoy todos sois más: vosotros sois los últimos alemanes que no desesperaron nunca. Vosotros sois los portadores del mañana, los garantes de que Alemania no está destinada al hundimiento, sino a la libertad. Ya hoy vosotros sois símbolo de una nueva fe para cientos de miles y millones. ¡Si vosotros no existierais, todos deberíamos desesperar!

¡Pensad en ello cuando entréis a esta ciudad! ¡En alto los estandartes y en alto los corazones!

¡La Joven Alemania se levanta y reclama sus derechos!

Banderas flamean sobre la ciudad. Incontados de entre vosotros sangraron bajo estas banderas, incontados fueron echados a las cárceles por ellas y más de uno cayó bajo ellas por una Alemania mejor.

¡No lo olvidéis nunca! No lo olvidéis tampoco hoy, cuando lleváis estas banderas bajo el sol resplandeciente y el júbilo de diezmiles a través de las calles de esta ciudad.

Vosotros y sólo vosotros tenéis derecho a exigir, pues vosotros sólo estáis prontos a luchar por este derecho.

¡Adelante, pues, vosotros de la joven Guardia del Tercer Reich! ¡Alzad banderas y manos para el juramento y gritad que no os dejaréis separar del derecho !

Y reclamad: ¡La Nueva Tercera Alemania!

¡El Estado libre alemán!

22-VIII-1927

EL PAÑO SAGRADO

Cuarenta proletarios alemanes de Berlín, que en el Reich de Dawes de la belleza y la dignidad no encuentran ni trabajo ni pan, se ponen en camino en un día de julio hacia Nüremberg, la mochila llena de volantes, diarios y libros. Cada día, traiga lluvia o sol de fuego, caminan veinticinco kilómetros. Y cuando de noche llegan al albergue, entonces no tienen reposo ni descanso hasta muy avanzada la noche, para predicar su credo político.

En las grandes ciudades se les escupe y abate a golpes.

¡No importa! ¡Peleando van siguiendo su camino! Antes de tiempo llegan a Nüremberg. De la Seccional (Ortsgruppe) Berlín, prohibida por la alta Policía en el interés de la tranquilidad y el orden, se reúnen setecientos hombres y mujeres trabajadores que buscan el camino a Nüremberg. Durante meses se ahorran el pan de la boca, renuncian a la cerveza y al tabaco, y más de uno junta el dinero para el viaje pasando hambre. Pierden dos días laborables de salario y el boleto para el tren especial que solamente cuesta veinticinco marcos. Algunos de estos setecientos gana en la semana veinte marcos.

Logra reunir su viático, y el sábado por la mañana desciende también él con el corazón palpitante junto a los otros de los vagones que rodaron de Berlín a Nüremberg.

Y a la noche desfile? con los decenas de miles frente al Führer, agita en alto su antorcha encendida y saluda. Los pobres, pesados ojos, que vieron tanta penuria, ¡ay! tanta

desolación -y cuánta habrán de ver aun hasta que se cierren alguna vez para el último sueño- repentinamente comienzan a brillar. No sabe si puede creer que todo esto sea verdadero. En casa sólo se le ha escupido y denigrado, golpeado y metido en la cárcel. Y ahora están paradas miles y miles de personas en los bordes de las aceras y la saludan y gritan ¡Heil!

Sobre la vieja ciudad libre de Alemania se arquea un cielo profundo, azul, El aire es claro cual cristal y el sol ríe, como si nunca hubiese visto un día como éste.

¡Los clarines resuenan con estrépito! La columna se pone en marcha. ¡Interminable, interminable! Casi se podría creer que esto continuará así eternamente. Y junto a las calles esperan muros negros de seres humanos. Ninguno grita ¡qué asco! ¡qué esperanza! todos ellos agitan las manos y ríen jubilosos, como si los decenas de miles volvieran de una batalla victoriosa; y arrojan flores, flores.

Los setecientos marchan a la cabeza, Porque durante un año sostuvieron la lucha más difícil, por eso se los colma de flores. Las ponen en el cinturón, ¡siempre mas, siempre más! Las gorras bien pronto son sólo ramos de flores frescas, y las muchachas agitan pañuelos y les brindan su risa. ¡En casa se les escupía!

Y ahora pasan marchando delante del Führer. Miles, decenas de miles gritan ¡Heil!

Apenas la oyen. De sus cinturones arrancan las flores y las tiran a la multitud jubilosa. ¡Desfile! Las piernas vuelan, mientras la música toca con ímpetu arrollador la “marcha de Desfile de los Hombres Altos” (lange Kerls).

Y luego viene la noche. Cansada y pesada. Comienza a llover. Aun un último grito de júbilo: ¡hasta la vista! El tren sale jadeante del hall.

¡Berlín! ¡Comienza a alborear! ¡A descender! Bayonetas relucientes. La cachiporra de goma se agita. Con sorna, envidiosa, vil, Policía berlinesa. ¡Desciendan! Uno se refriega los ojos, Sí, seguro, eso de .las flores sólo lo hemos soñado.

Camarada, ¡la bandera! ¡Arrancar el paño! ¡Abierta la camisa! Oye, tú, que el “verde” 1 no vea nada. Pon el querido paño rojo alrededor del pecho; ahí descansa bien sobre el corazón palpitante.

“¿Que tiene ahí debajo de su camisa? ¡Abra!”

El muchacho rubio palidece. Rápidamente una mano sucia abre de un tirón la camisa parda, y entonces el muchacho empieza a arder. Se defiende furioso, golpea, escupe y de su boca sale espuma de rabia. Ocho hombres se requieren para reducirlo. El sagrado paño se le arranca a jirones del pecho.

Yo os pregunto: ¿es esto un hecho heroico? Muchacho rubio, tú, si las lágrimas te suben a los ojos, trágalas.

Y de repente se yergue y comienza a cantar. El que está a su lado se le une, y luego más y más, hasta que finalmente todos, todos cantan. ¿Es esto un transporte de presos? ¿No es más bien un grupo de héroes?

¡Alemania, Alemania sobre todo!

Cuando están en el gran hall como presos, son llamados de a uno para presentarse frente al cadí. Cada uno de ellos abre grandes y orgullosos los ojos y dice firme e imperturbable: “¡Rehúso toda información!” Desde afuera irrumpe el canto de los camaradas.

“Aún no está perdida la libertad!”

¡Muchachos queridos valientes! Con vosotros marchamos contra el diablo.

¡Atad las banderas alrededor del corazón, vosotros todos, todos!

El paño sagrado descansa a buen resguardo. Yo sé, ¡alguna vez volverá a brillar!

¡Camaradas! ¡Camaradas!

29-VIII-1927

KÜTEMEYER

Un día vino a nuestra oficina y preguntó si podía colaborar en algo. Dijo que no tenía empleo, que vivía con su mujer modestamente del subsidio de desocupación y ponía gustosamente su tiempo y su fuerza a disposición del Partido. Se lo acepta. Callado y recatado se sienta en el lugar que se le indica, apenas habla, no trata de destacarse en lo más mínimo ni tampoco su servicio voluntario. Después de cuatro meses había puesto nuevamente en orden, con afanosa laboriosidad, el fichero completamente revuelto a causa de la prohibición y persecución.

A la mañana es el primero en arribar y a la noche el último en irse. El saludo al llegar e irse es casi lo único que dice durante el día. Si por una casualidad llega a estar en su sección, entonces se levanta de un salto de su asiento, se cuadra, me estrecha la mano y se emociona, tímido como un niño.

Sirvió afuera en el frente como valiente soldado del campo. Después de la guerra se hizo comerciante, la inflación le quitó pan y trabajo; fue al campo como trabajador, perdió después con motivo de su esclarecimiento político techo y comida; volvió a la ciudad y se integró silencioso al ejército de los tres millones que ya hoy están demás en Alemania.

La tarde antes de la asamblea de Hitler: va con camaradas a pegar carteles. Hasta el amanecer está caminando. Muerto de cansancio vuelve a casa. Su mujer, solícita, lo hace dormir tres horas; luego está de nuevo dispuesto para el servicio.

Hoy el corazón late a estallar. El rostro pálido, demacrado, enrojece repentinamente cuando piensa que a la noche ha de ver y oír por primera vez a su Führer. A las cinco se presenta para el servicio de caja en el Sportpalast. Cuando se despide en la oficina pregunta en un sordo presentimiento a un camarada: ¿Quién será el próximo a quien enterraremos?

Cuando a eso de las seis y media llego al Sportpalast para un breve control, lo veo trabajar en la ventanilla. No puedo recordar haberlo visto reír antes alguna vez. Ahora ríe. Todo el rostro está radiante por una inmensa alegría. Cuando me alejo me grita algo que no entiendo en el barullo.

A las 8.15 le dice el administrador de la caja: “Kütemeyer, usted aún no ha oído a Hitler, haga pronto las cuentas y luego en marcha a la sala”. Hace las cuentas. Exacto hasta el penique: 420,40 marcos. Ahora el recibo, y luego adiós. Se aprieta en la última fila, porque todo, todo está abrumadoramente lleno. Ahí está, entre puerta y gozne, vive el júbilo atronador cuando Hitler entra en la sala, escucha con el corazón palpitante este evangelio excitante de la joven Alemania, y al término se levanta con los dieciséis mil otros y canta con lágrimas en los ojos: "Alemania, Alemania sobre todo, y en la desgracia más que nunca”.

Quién podría censurarlo si en esta alta tensión de los sentimientos conmovidos no puede aun volver a la estrechez de su mezquina vida. Durante dos horas está sentado con los camaradas en alegres y excitados debates. Luego quiere volver a casa para estar con su mujer, que se había ido en seguida al terminar la asamblea.

En una esquina lo ataca la chusma. El se defiende. Con superioridad veinte veces mayor se lo echa por tierra. La cara le es magullada en el acto en un sangriento Ecce-Homo; el hueso nasal roto, los ojos inyectados en sangre, los labios desgarrados, así camina vacilante y lentamente, separado ahora definitivamente de sus camaradas, hacia la tranquila orilla. Allí espera escapar en la oscuridad de la jauría sanguinaria. quizás también volver a encontrar a uno de sus camaradas que, como él, están siempre corridos, al igual que venado, de a uno en las calles solitarias.

A través de la noche lluviosa golpea el bufido de un taxímetro. Colmado de chusma roja sanguinaria. Con sorna ríe el conductor y acelera impetuosamente la marcha. Allí está recostado sobre la baranda un hombre, la cara aplastada en una papilla sangrienta. ¡A él! ¡a ese perro! Algunos golpes con barras de hierro en la cabeza, que lo desmayan, ¡agarradlo! ¡tiradlo por sobre la baranda al canalla, adentro del canal! ¿Está ya muerto o se muere ahora?

Se oyen fuertes gritos de auxilio, mientras el taxímetro se aleja a toda velocidad. En las olas frías, frías, se hunde un alemán. Es sólo un trabajador. ¿Qué vale eso? Uno de los tres millones.

A las seis de la mañana se rescata el cadáver. En su bolsillo se encuentra un carnet de afiliado y hojas de propaganda del Partido. Nada más. Ni dinero, ni puñal, ni pistola. Sólo volantes en los cuales está escrito el nombre de Hitler. El empleado del Partido que primero lo ve en la morgue apenas lo reconoce, tan magullado está su rostro.

A las cuatro de la noche se despierta su mujer. Le parece oír gritar a su marido “¡Mamá, Mamá!”. Esa fue la hora en que murió.

“¡Suicidio! ¡Accidente! ¡Borracho! ¡Ahogado!” balbucea la journalle.

La policía habla desatinadamente de un lamentablemente paso en falso en la orilla. Un hombre herido de muerte ha caído por sobre una baranda de un metro de altura. A la cabeza de esta policía está un hombre de la raza judía. El muerto es sólo un trabajador alemán.

¡Quitaos las gorras y bajad las banderas en duelo! ¡Pero sólo un instante! Después sujetad el barboquejo y comenzad la obra de venganza en los aniquiladores de nuestro pueblo. ¡A trabajar, camaradas, a trabajar!

También este muerto tiene un derecho a exigir.

26-XI-1928

SOLO UN TRABAJADOR ALEMAN

Durante la noche un trabajador alemán es atacado y golpeado a sangrar por la chusma callejera roja al volver a su casa después de una reunión política. Se le destroza con un adoquín el hueso nasal, se le parte la frente y se lo corre después como a un venado herido a través de las calles desiertas de la metrópoli durmiente. Nuevamente es alcanzado, nuevamente, aunque ya gravemente herido y apenas con vida, es abatido, duras botas pisotean su cara llagada y lo transforman en una sola papilla sangrienta cubierta de suciedad y barro. Los testigos observan que tras el que camina tambaleante y sin fuerza, al cabo de un tiempo aparece a toda marcha un taxímetro en el que están apiñados hombres brutales, quizás los mismos que primero lo maltrataron sin motivo y luego lo hirieron de muerte en el segundo ataque. En la orilla Lützow del Canal Landwehr un soldado de la Reichswehr que está de centinela en el lado opuesto es testigo de que algo oscuro es arrojado al canal por algunas personas no reconocibles. Cree que es un cadáver de perro. Oye, sin embargo después, desde el agua, uno, dos gritos de auxilio y alarma a la guardia. Una doméstica que va a esa hora a sus tareas usuales asegura en la forma más categórica que vio muy de cerca al grupo de hombres que arrojaron al agua un objeto sin vida. Un portero declara bajo juramento que el herido grave se tambaleó contra la puerta de su casa y que luego apareció un grupo de hombres que no tuvo ya ocasión de observar porque entre él y aquellos se interpusieron una serie de carros y taxímetros.

A la mañana siguiente se encuentra el cadáver del trabajador arrojado a la orilla por las aguas del canal. La cabeza muestra las más graves heridas. El hueso nasal está destrozado, la nariz cuelga libre de un trozo de piel, la frente está profundamente abierta y la bóveda craneana rota a golpes.

¡Esto se llama asesinato!

Pero en este caso es distinto. El hombre a quien las olas compasivas llevan a la orilla es un trabajador, y en su mezquina vida tuvo, para más, esa otra falta de ser alemán, que no ocultaba esa mentalidad para él lógica y natural y marchaba por eso políticamente bajo la cruz gamada.

Y ahora, viene lo increíble: el Partido se encarga de la causa del asesinato. A su pedido de informes en la seccional policial correspondiente, respecto a si se ha puesto recompensa a la captura de los asesinos, se le contesta que eso no se puede hacer porque el muerto no fue asesinado, sino víctima de un accidente. La policía por consiguiente anticipa aquí el resultado de un asunto que tiene por misión investigar. El Partido se decide a ofrecer por su parte una recompensa de mil marcos. La Central Partidaria en Munich aumenta esta suma a dos mil marcos. La policía prohíbe la colocación pública de carteles de la recompensa. Encarga de la investigación del asesinato a un empleado de la policía criminal cuya actividad hasta ese momento consistió durante años en fisgonear y denunciar el Movimiento al cual perteneció el muerto. Se supone que en el examen del cadáver, después de su puesta en tierra, no se hallaba presente ningún médico; que fue practicado por un empleado que no tenía la menor noción de medicina, y que ya en las primeras comprobaciones cometió tan grandes errores que bajo la presión de la opinión pública, la policía se vio obligada a encargar a un experto el examen. Este experto es un judío. Comprueba lo que debe ser comprobado y lo que la presidencia de Policía quiere que se compruebe.

El trabajador asesinado es enterrado. La presidencia de Policía a cuyo frente está un judío, prohíbe a sus camaradas rendir los últimos honores al difunto. Al coche fúnebre sólo le siguen los allegados más cercanos del asesinato, e inmediatamente detrás viaja un automóvil abierto en el que está sentado con los brazos cruzados el judío Dr. Bernhard Weiss, vicepresidente de Policía de Berlín.

El Partido bombardea la opinión pública. ¡Nada sucede! La presidencia de Policía envía a la prensa informes falsos e inventados, rebosantes de audaces tergiversaciones. Por un motivo fútil un día una horda de empleados de la policía criminal irrumpe en las habitaciones de los diputados nacionalsocialistas. Se trata de dar con el material coleccionado privadamente de este homicidio y se detiene al empleado del Partido encargado de las pesquisas, para encarcelarlo por un motivo insignificante durante cuatro meses. Con esto quedó borrada definitivamente la última huella que podía conducir al esclarecimiento del crimen.

El miércoles los asesinos y sus cómplices fueron llevados ante la justicia. Recibieron por lesiones corporales, cuatro, tres, dos y un mes de cárcel. A todos se les concedió la pena en suspenso contra una multa de cincuenta y cien marcos respectivamente, pagadero en cuotas mensuales de diez marcos.

¡Camaradas, recordadlo! Cincuenta y cien marcos, pagaderos en cuotas mensuales de diez marcos. Esto valemos cuando se nos abate a golpes de noche y a oscuras como a perros rabiosos.

¡No protestamos!

Alzamos los brazos y juramos: ¡jamás olvidaremos esto! ¡Hasta el día del juicio!

24-6-1929

ARRIESGAR LA VIDA

La magnitud de una meta está siempre en relación directa con la magnitud de aquello que se está dispuesto a arriesgar por ella. Cuanto más alto es lo que se quiere, tanto más alto lo que se ha de aventurar por ello. Lo último siempre puede ser sólo ganado arriesgando la vida.

En esto se diferencia un movimiento revolucionario en forma definitiva de un simple partido parlamentario: el parlamentario persigue sólo coparticipación en el sistema y para ello arriesga, a lo sumo, el prestigio y la continuidad de su partido. El revolucionario quiere todo o nada. No quiere coparticipación, sino el poder absoluto y el solo derecho de determinación. No cree que también tiene razón, sino que está íntimamente imbuido de la convicción de que él y sólo él tiene razón. No quiere hacer valer también sus ideas. las quiere convertir en el principio único decisivo de la vida estatal. y para ello aventura el precio más alto que seres humanos pueden en esta tierra arrojar en la balanza de la decisión: arriesga por ello su vida.

Poner en juego la vida es también la única e infalible pauta para la honradez de un espíritu revolucionario y para la veracidad de sus portadores. Exponer la propia vida, a ello también el hombre de sentir heroico sólo está pronto cuando cree en la magnitud de la meta fijada y está ciegamente convencido de la necesidad de su logro. No es cierto que el hombre de cualquier modo y sin motivo entrega voluntariamente su vida. Nadie muere gustosamente, tampoco el héroe. La frase de la muerte dulce por una causa, esa se la dejamos a los bardos burgueses. La muerte es siempre amarga, y sólo se acepta confortado y sin protesta, cuando se va a morir por una meta por la cual vale la pena entregar una vida.

Las Ideas y los Estados existen solamente por la disposición a morir de sus portadores. Un sistema cuyos representantes ya no están prontos a morir luchando en sus peldaños está condenado al hundimiento. El representante jamás puede sustituir la propia disposición de arriesgar la vida, por la disposición a morir de bravucones alquilados. El que lleva una causa con responsabilidad, debe anteponerle su propia vida. Sólo tendrá duración cuando sus representantes en cualquier momento están dispuestos a poner por ella en juego su vida.

La monarquía wilhelmínica no sucumbió porque era vieja y perimida: la República de hoy no es ni más joven ni más dinámica que lo fue el sistema que en 1918 fue reemplazado por ella. La Monarquía cayó cuando ya no se encontró nadie dispuesto a luchar y, si era necesario, también a morir por ella. Guillermo II no perdió su trono porque ese trono fuese ya sólo un anacronismo en el siglo XX; eso no lo era más y quizás menos que la República de Weimar. Perdió lo último porque ya no quiso arriesgar lo último por ello. La corona alemana rodó por el polvo porque su portador más joven ya no estaba decidido a defender su corona de acuerdo a la ley según la cual conquistaron esa corona sus antepasados. Lo último también requiere la aplicación de los últimos medios. Todo gran hombre es, en el momento decisivo, también siempre un audaz retador del azar. Si la historia lo ha elegido, eso lo decide sólo el éxito. El que nada arriesga tampoco nada gana. En esto la política muestra semejanza con el juego de azar. El que apuesta mucho puede perder mucho, pero también ganar mucho. Por cierto la postura en sí aún no asegura la ganancia. Tiene que agregarse una buena porción de suerte. Esa se tiene, o no se tiene. pero la suerte siempre está con aquél que la tienta. El hondo sentido de toda grandeza humana y de todo éxito terrenal reside en la palabra tan frecuentemente trivializada: “¡Y si no ponéis la vida, jamás ganaréis la vida!”

Cuando César pasó el Rubicón, cuando Federico irrumpió en Silesia, cuando Bismarck declaró la guerra a Austria, cuando Mussolini marchó sobre Roma, cada uno de ellos

arriesgó todo, para ganar todo. Arriesgaron cabeza y cuello para la consecución de su meta. Y la historia los bendijo.

Un sistema cuyos representantes no están ya dispuestos a morir combatiendo sobre sus escaleras, está destinado a sucumbir. Caerá cuando se le oponga una idea que porque es más grande, más arrebatadora y más viviente, determina a sus portadores estar prontos a morir, a la lucha y a abrir brecha.

El Programa del Nacionalsocialismo termina con las palabras: “Los Jefes del Partido prometen, de ser necesario con riesgo de su propia vida, a abogar desconsideradamente por la realización de los puntos precedentes”.

19-VIII-1929

¡HÉROES!

De noche suena el teléfono. Me despierto sobresaltado de un sueño liviano y tomo casi mecánicamente el auricular. Llamado de cualquier lugar de la ciudad, de una casa privada, una casilla telefónica, un café o un bar. “Tuvimos que defendernos recién de un grave asalto del Frente Rojo. Tres hombres de la SA están considerablemente heridos. Uno, cuchillada en el pulmón, el otro balazo abdominal”. La conversación sigue en estilo telegráfico, en segundos toda la situación queda esbozada: disposiciones, consejos, medidas de comportamiento, luego se vuelve a colocar resignado el auricular sobre la horquilla. Por esta vez se acabó el descanso nocturno.

Una vez llego a hora avanzada a la Administración. Abajo, en el Wilhelmsplatz, reina una intranquilidad nerviosa; un muchachote joven pasa delante mío corriendo, detrás de él dos, tres hombres fornidos que con toda naturalidad se planta a mi lado. ¡Gente de la SA.! Los reconozco en seguida por la cara y el saludo. Acaban de liberar con sus puños a un camarada en el barrio comunista de Charlottenburg. A causa de una infamia roja se había hallado en grave apuro. Arriba está sentado en la cocina, donde sus camaradas le lavan las heridas hasta la llegada del médico. ¡Cinco punzadas en la cabeza! Sangre roja le corre en gruesas bandas por el cuello. La camisa parda se la han sacado, está dura de sangre. El herido es un pequeño obrero de Siemenstadt. Agradecido rechaza toda ayuda y preocupación de sus camaradas. No hay solicitud exagerada. No se hacen muchas palabras al respecto, son todos obreros los que lo rodean. En parte ya marchan tres años en nuestras filas, se han vuelto fuertes y tenaces en la lucha por un Berlín alemán. La sangre es aquí ya cosa de todos los días. Cada cual de entre ellos lleva sus cicatrices. Piensan, posiblemente, que así debe ser.

Alguna vez en una tarde de sábado o domingo uno se roba algunas horas y viaja a los hospitales. Entonces hay ojos que se iluminan. En el Hospital Norbert está uno con grave herida de bala en la cabeza. No hace mucho que está con nosotros. Pero ahora sus camaradas lo consideran ciudadano pleno. Alrededor de su cama están su joven esposa y media docena de hombres de la SA. Le trajeron flores y fruta. El tono es aquí de acerba camaradería de hombres. Se dice sólo tú, pero no afectado y sin tono penoso. Son todos hermanos, como los soldados en la guerra. Siempre siento alegría cuando estoy como en casa en semejante círculo y puedo tomar parte en la conversación. El hombre de la SA es la fuerza siempre renovada del Movimiento. Sólo el que está en medio de esta liga viril sigue viviendo en la idea.

Cuando me despido, el herido grave me hace señas para decirme aparte: “Seguramente usted viajará el próximo domingo a Neukölln para la concentración. Todavía no puedo participar. Pero el médico me permitirá levantarme. ¿No me llevaría en su coche?” Esto

es sincero, y en estas palabras dichas en voz baja es como si vibrara por debajo un claro, estridente sonido de fanfarria.

En Schöneberg visito a uno a quien la jauría roja traspasó tres veces el brazo con arma filosa. Ya se ha recuperado. Toda la familia es nacional-socialista, la madre, tres hijos; uno obrero, uno aprendiz y uno guardia de tranvía. ¡Mercenarios del capital! dicen los judíos gordos de la Rote Fahne (Bandera Roja).

En el hospital de Friedrichshain. Allí yace uno con grave herida abdominal de bala. Seis días estuvo en peligro de muerte. Ahora la crisis está superada. Lo buscamos mucho tiempo en la gran sala de enfermos, y lo encontramos en medio de un grupo de camaradas. Es sábado por la tarde. Acaban de venir del trabajo. Le han comprado flores de sus magros peniques. Todavía no puede comer nada. Los hombres regalan flores a un camarada herido de muerte. Estos no son hijos de burgueses. Todos obreros, duros, severos, con gruesos puños y con corazones de niños. La lucha por un ideal no vuelve rudo, sino bondadoso.

Su madre está cerca. Una mujer de trabajador del pueblo. Cuenta de la terrible noche cuando se la trajo a la cama de su hijo herido de muerte. Es que las madres siempre sobrellevan lo más pesado.

¿Qué es lo que desea? ¡Libros! Escritos programáticos del Movimiento. Ahí está acostado, en medio de sus camaradas, rodeado de modestos ramilletes de ásteres. No es un estudiante, ni un hijo de burgueses. Es un sencillo obrero. Uno que no nos llamaría la atención marchando en las filas, si un canalla rojo no lo hubiera baleado.

¡Así son! ¡No todos! ¡Pero muchos, muchos! ¡Centenares, miles!

Héroes del valor y de la entrega. No tienen ya nada que perder salvo ese poco de vida. Pero la arriesgan encarnizada y tercamente.

¿Qué es lo que hacemos nosotros, todos, frente a estos valientes soldados?

Nos lo preguntaremos cada día y cada hora.

¡Y trabajar! ¡Trabajar!

20-X-1929

PALABRAS IMPERECEDERAS

Afuera, casi delante de la ciudad. Un coche avanza penosamente a través de las calles animadas por el tráfico vespertino del desierto de asfalto. Barro y lodo salpican hasta el techo. Lentamente sigue a través del centro, y luego gana viaje libre. Gris y fría cae una menuda lluvia del cielo sin estrellas.

¡Wedding! El suburbio proletario rojo de Berlín. ¡Salones Pharus! Afuera están muros humanos negros. Voces, silbidos, gritería y amenazas. Un hombre de la SA da parte: “El salón está clausurado por la Policía”. ¡Adentro !

Humo, vocerío, huele a cerveza y aguardiente. ¿Hablar? Intento fantástico. No pasan cinco minutos y la sala retumba del estruendo de patas de sillas hechas añicos, de vasos y botellas que caen al suelo: una tremenda batahola. En seis minutos la chusma roja ha sido barrida afuera. La asamblea sigue su curso.

Sobre el escenario yacen seis heridos graves. Con intervalos de diez minutos son llevados afuera sobre camillas oscilantes. Pequeños seres modestos: obreros, soldados de la Revolución Alemana.

Aquí nació la frase de “el hombre de la SA desconocido”.

*

Delante de una estación ferroviaria suburbana están paradas personas en grupos sueltos. Arriba en el andén entra un tren. Se oyen cantos y voces. Suenan señales. De improviso un tiro. Un segundo tiro. y ahora tamborilea de los revólveres un verdadero cañoneo. Abajo se precipita una persona a través de la barrera con la cabeza ensangrentada. “Nos han asaltado”, y cae desvanecido.

Luego se los va trayendo afuera. ¡Heridos, heridos! Uno con un tiro en el abdomen, el otro con un tiro en la cabeza. Cuando los asaltantes de camino rojos, escoltados por la Policía, abandonan la estación, la muchedumbre apenas puede ser contenida. ¡Lichterfelde-Este! Aquí nació la frase: “¡Acordaos de nosotros! ¡SA Berlín!”

*

Frente a las columnas de anuncios se agolpan masas. Disputas excitadas, a favor y en contra. Más de uno sigue su camino pensativo. Quién sabe, muchos empezaron pequeños y terminaron grandes. ¿Por qué se les prohíbe hablar? ¿Es sólo desprecio o también algo de miedo?

De los carteles gritan las letras mudas: “¡Salve Emperador a ti!” Unas pocas frases, pero la gente se detiene, lee, siempre de nuevo, menean las cabezas y se van. Otros vienen. y se van y dejan el lugar a otros. Por primera vez en Berlín un nombre: “Parker Gilbert, el Emperador de la República”. ¿Qué es verdad, qué es mentira?

Al anoecer las masas se congestionan en dos grandes salones. Feliz quien agarró un asiento. Afuera están parados más de los que están sentados adentro. Hacia la medianoche una columna negra se mueve a través de las silenciosas, oscuras calles. Odio en los labios, venganza en los puños. Así marchan miles y miles. El centinela en la presidencia de Policía pone cara de asombro. Le queda poco tiempo para ello. "

¡”Seguramente quieres proteger a “Bernardo”!” Ya pasa la avalancha de la muchedumbre sobre él. Oscura, amenazante e informe está delante de ese caserón de piedra. ¡Un silbido, una llamada y sin voz de mando un estallido en miles de voces de odio e indignación!

Aquí nació la frase: “¡EI Estandarte está firme!”

*

¡A pesar de la prohibición no estamos muertos! Lo tuvieron que reconocer y tuvieron que revocar lo que empezaba a apuntar su aguda punta contra ellos mismos. Y como tras una rotura de dique, el torrente de una nueva conciencia alemana se volcó en la metrópoli. El inicio de marcha comenzó.

Miles hacen profesión de fe. Fue una arrebatadora formación de voluntad, no artificial sino auténtica. Brotando de los manantiales más hondos del alma popular alemana. Durante la noche lo mataron a golpes y arrojaron su cuerpo aún sangrante al canal. A la mañana siguiente las olas compasivas lo llevaron a la orilla.

Estábamos frente a su tumba. Como ladrones y bandidos hubimos de reunirnos furtivamente, para rendirle los últimos honores. Uno se adelantó hasta la fosa abierta, la bandera aferrada por el puño tembloroso, y gritó su furor y su voluntad de desquite a su camarada muerto en su morada oscura, fría, estrecha. Después nos volvimos todos silenciosamente a casa.

Aquí nació la frase:

“El fue nuestro camarada. ¡No olvidamos nada!”

En alguna parte uno de ellos con enfermedad incurable: le abrieron la cabeza a golpes en los salones Pharus. Perdió el conocimiento y pronto la razón. Buenas manos lo cuidan y protegen. No puede ya caminar y apenas hablar. Cuando oye una voz

conocida, entonces una sonrisa perdida vaga sobre sus rasgos decaídos, como si recordara sordamente en sus tinieblas: “También yo alguna vez estuve con ellos”. Si a uno le abandona la fuerza y la voluntad quiere capitular, entonces uno va a ver al camarada incurable, le da la mano y aprende de nuevo a odiar.

Los otros marchan, marchan. Tras música de banda y tambor batiente llevan sus banderas rojas de la libertad, la mano en el cinto, la cabeza alzada, erguidos y valientes. Así cumplen con su deber. Obedeciendo una ley que les señala la eterna sangre. Soldados del inicio de marcha. Bravamente viven, valientemente luchan y, si es menester, van rientes a la muerte.

Una vez en el año llega el día en que recuerdan a los camaradas muertos. Entonces atan cintas de luto alrededor de las banderas luminosas y colocan coronas verdes de la fe y de la esperanza sobre las tumbas solitarias. Se quitan sus gorras y alzan las manos para el juramento. No dicen lo que juran, pero todos lo saben.

Y luego tocan los clarines, y al paso uniforme marchan nuevamente hacia la vida. Hacia la grande, luminosa vida. Hacia esa vida que quieren dominar y ganar poniéndola en juego.

¡La SA marcha! ¡Bandera en alto!

10-XI-1929

¡EN ALTO LA BANDERA!

Al caer la noche: el raro goce de la lectura no perturbada de un buen libro. Lleno de felicidad se respira paz y distensión hacia adentro. Súbitamente suena el teléfono en medio del silencio. Lleno de inquieto presentimiento uno descuelga el auricular de la horquilla. Es más terrible de lo que se podía esperar: “Horst Wessel acaba de ser abatido a tiros”. Temblando de horror interior, ña angustiosa pregunta: “¿Muerto?” “No, ¡pero probablemente sin esperanza!” Ahora las paredes se vuelven estrechas y el techo amenaza derrumbarse. Pero luego todo se rebela contra lo inconcebible. ¡Eso no puede ser!

*

Algunos días más tarde. Entro en esa angosta habitación de enfermos en la planta baja y me arredo ante esta vista insoportable. ¡Qué estragos ha causado la bala en la fina cabeza de este heroico muchacho! Su rostro está desfigurado. Apenas lo reconozco. Pero él es pura alegría y felicidad. Sus ojos claros, límpidos se iluminan; no podemos hablar mucho. El médico le ha prohibido toda excitación. Sólo vuelve a decir siempre de nuevo estas pocas palabras: “Me alegro” No necesita decirlo. Se le nota en seguida. Bajo sangre y heridas una sonrisa joven, luminosa. El tiene Fe.

*

Después estuve sentado un domingo por la tarde junto a su cama, cuando los enjambres de visitantes se habían ido y el suave anochecer penetraba lentamente a través de los altos ventanales. Se podía volver a tener esperanza; la fiebre había bajado, las heridas curaban. Estaba sentado erguido y contaba. ¿De qué? ¡Tonta pregunta! De nosotros, del Movimiento, de sus camaradas. Por la tarde habían estado delante de la puerta y luego pasado uno a uno, con el brazo en alto, para ver un momento y saludar a su joven Jefe de Asalto. “¡Sin esto no se podría soportar!”

Miro sus manos, que ahora se han vuelto muy delgadas y blancas. En medio de este rostro enjuto está aguda e imperiosa la nariz, por encima fulgurando, ojos claros. ¿Ya afebrados? No puede comer nada; sus fuerzas decaen visiblemente, pero el espíritu está fresco e inquieto. No le está permitido leer Sólo contar, contar. Resulta difícil obedecer la seña de advertencia de la enfermera. ¿Lo veré una vez más? ¡Quién sabe! Si no se agrega una septicemia todo irá bien.

Afuera en el jardín espera una madre solitaria. Su mirada es una única gran pregunta. “¿Lo superará?” Qué otra cosa se puede decir sino sí. Uno trata de convencerse a sí mismo y a los otros.

Vino la septicemia. El jueves se sabe que sólo existe poca esperanza. Quisiera hablarme. Por un momento lo permite el médico. ¡Qué pesado se hace el paso sobre este estrecho umbral, donde ya la muerte monta guardia! Aun no sabe acerca de la gravedad de su estado. Pero como si lo presintiera sordamente que es la última vez: “¡No se vaya!” ruega. Y la enfermera consiente; eso lo calma. “No debe perder el ánimo. La fiebre sube y baja. También el Movimiento estaba con fiebre durante dos años, y a pesar de ello hoy es fuerte y sano”. Esto lo consuela. “¡Volver!” suplican sus ojos, sus manos, sus labios ardientes, secos, cuando con el corazón apesadumbrado debo irme. Un sordo presentimiento me dice que es una despedida para siempre.

*

Sábado por la mañana. Su estado es desesperante. El médico no permite ya ninguna visita. El herido de muerte delira en alucinaciones febriles. Ya no reconoce a su propia madre.

*

El domingo a las seis y media de la mañana entrega su espíritu tras dura lucha. Cuando después de dos horas estoy al lado de su lecho de muerte no puedo creer que éste es Horst Wessel. Su rostro está amarillo como la cara, las heridas están aun tapadas con vendajes blancos. Los cañones de la barba asoman negros sobre el delgado mentón. Los ojos están entreabiertos y vidriosos y miran fijamente al vacío: al infinito, que está amenazante para todos nosotros. En medio de flores, blancas, rojos tulipanes y violetas, están delgadas y frías .as cansadas manos.

Horst Wessel ha ido al más allá. Después de la lucha y el combate yace aquí silencioso e inmóvil, lo que fue moral en él. Pero, se lo siente casi corporalmente seguro, su espíritu ascendió para seguir viviendo con todos nosotros. El mismo lo ha creído y sabido; él le dio expresión arrebatadora: él “¡marcha con nosotros en nuestras filas!”

*

Cuando más adelante alguna vez en una Alemania alemana, obreros y estudiantes marchen juntos, entonces cantarán su canción, y él estará en medio de ellos. Escribió en una embriaguez, en una inspiración perfecta, esta canción, que había nacido de la vida para volver a generar vida. Ya la cantan tierra arriba, tierra abajo los soldados pardos. Dentro de diez años la cantarán los niños en las escuelas, los trabajadores en las fábricas, los soldados en los caminos. ¡Su canción lo hace inmortal! Así vivió, así se fue. Un caminante entre dos mundos; entre el ayer y el mañana, lo pasado y lo porvenir. ¡Un soldado de la Revolución Alemana! Como tantas veces, la mano en el cinto, orgulloso y erguido, con la risa de la juventud sobre los firmes labios, caminando al

frente de sus camaradas, siempre dispuesto a poner en juego su vida, así seguirá estando entre nosotros.

Veo en espíritu marchar columnas, sin fin, sin fin. Un pueblo humillado se levanta y se pone en movimiento. La Alemania que despierta reclama su derecho: ¡Libertad y Pan! Tras los estandartes marcha también él, al mismo paso. Quizás entonces los camaradas ya no lo reconocen. Muchos se fueron donde él está ahora. Nuevos vinieron y vinieron. Pero él nos acompaña en la marcha, silencioso y sabedor. Las banderas ondean, los tambores retumban, los pífanos jubilean; y de millones de gargantas brota la canción de la Revolución Alemana:

“¡En alto la Bandera!”

27-2-1930

HASTA LAS HECES

Una madre alemana lo dió a luz entre dolores. Lo crió entre preocupaciones y estrecheces, y con su hermano era su único y máspreciado tesoro, No tenía más pensamientos que ellos. Eran las niñas de los ojos, los únicos bienes, las joyas de su corazón. El padre murió pronto, y entonces quedó completamente sola con sus hijos y tenía sólo un ,deseo: hacer de ellos hombres alemanes.

*

Los años vienen y se van. Los niños se convierten en jóvenes, y uno ya va llegando a la madurez de hombre. Aun su cuerpo es delicado y apenas puede hacer frente a las duras exigencias de la vida. Pero su espíritu, su voluntad madura más allá del joven florecimiento, avanza hacia la vida y quiere mantenerse erguido en sus tormentas. Toda la terrible fuerza de una tragedia de un pueblo cae sobre él con ímpetu revolucionario. ¡Cómo podría sustraerse a ella, en cuya atmósfera y densidad vive y respira! Va como predicador al desierto, grita su tormento de conciencia angustiada en medio de la incomprensión rígida de su pueblo, que ya no puede oír y ya no quiere ver. Y sólo cosecha odio como agradecimiento, sólo persecución como reconocimiento, sólo golpes como retribución. Su juventud impetuosa se desgasta en la pared de desconfianza que se alza delante de él y bloquea el camino que le está señalado por el destino. No se le cree. Se ríen de él, se burlan de él, le escupen, donde se presenta entre ellos, le vuelven con desprecio la espalda. Debe sobrellevar lo que una generación previa culpable cometió en pecados y errores. Sabe esto y lo torna silenciosamente sobre sí.

*

Está dispuesto a lo último. Callado y sin ningún patetismo pone de lado cinta y gorra. ¡Deben creerme! Abandona madre y casa paterna, se pone en medio de ellos que hacen burla de él y le insultan. ¡Soy uno de vosotros! Así grita todo su pensar y hacer. Afuera en un barrio proletario, muy en lo alto de la mansarda de un inquilinato se edifica una existencia joven, estrecha. ¡Un socialista de Cristo! Uno, que llama por sus acciones; “¡Venid a mí, os quiero salvar!” Sólo una flor floreciente le recuerda a veces lo que dejó.

¿Qué es lo que lo empuja? Un demonio que él mismo no comprende. Algo divino actúa en él, que lo hace proceder así y no de otra manera. ¡Uno tiene que convertirse en ejemplo y ofrendarse a sí mismo en holocausto!. ¡Bien, pues, yo estoy pronto!

Está junto a la tumba del hermano menor arrebatado por una desgracia insensata. Cuando los otros comienzan a dispersarse, cuando la música terminó y las oraciones se silencian, este valiente muchacho, en el pensar y hacer ya un hombre maduro, está temblando parado junto a la tumba abierta. Por un momento olvida que aun están alrededor suyo las filas de los camaradas, de quienes ha de ser conductor, ejemplo, signo de fortaleza y de virilidad acerba y sin lágrimas. Sobre sus mejillas corren dos ríos de cálido llanto.

La conmoción lo arroja a la fiebre. En fantasías estalla toda la pasión contenida. Clama por la madre y amigos. Desde su angustia y tormento solloza en él la juventud. El niño, que se ha vuelto solo y desamparado.

En una cuadrilla de obreros camineros se lo vuelve a encontrar. Ahí está en medio de esos gigantes del trabajo, alto, espigado, muy crecido, y con ojos grandes, y suplica: ¡Creed en mí!

No lo han podido ni querido. Hubo de ir hasta el fin su camino. Una tarde avanzada irrumpieron en su alto desván y le alojaron plomo alevoso en su ardiente cabeza.

“¡Perro!” Este fue el pago. Este fue el reconocimiento. Esto fue el recibo bajo una cuenta en la cual estaba escrita una vida sacrificada.

*

Durante cinco semanas estuvo entre dolores y angustia de muerte. Cuando despertaba de la fiebre, oía aun en la soledad de su hora suprema: “¡Rufián! ¡enemigo de los trabajadores! ¡asesino!” No el asesino, el asesinato era culpable. No se quejaba. Sólo miraba con grandes ojos interrogantes a este enigma insensato y sufría y se debatía, sobrellevaba una lucha desigual que debía perder porque había de perderla: con la muerte. Y al final, cansado y en medio de sufrimientos martirizantes, entregó su espíritu.

*

Lo pusieron en la sepultura y debieron ser forzados a quitar su querida bandera del ataúd. Los que él quería salvar tiraron piedras al muerto y aun le escribieron sobre la pared del cementerio su inextinguible odio y su infamia deshumanizada como último saludo. Cuando su ataúd se deslizó a la tierra fría, irrumpieron afuera ante los portones en el grito salvaje del subhombre. Sus camaradas tuvieron que vigilar su sepulcro para que la chusma no atentara contra el cadáver.

*

Bebió el cáliz de los dolores hasta las heces. No lo dejó pasar delante suyo, lo tomó sumiso y lleno de aruelción ¡Este sufrir es por mi Patria!

Alzadlo, al muerto, y mostrádselo a todo el pueblo. Y gritad y gritad: ¡Ved, qué hombre! ¡No os canséis de señalarlo! Llevadlo donde vayáis sobre vuestras cabezas, y si os preguntan quién es ese muerto, entonces responded solamente: ¡Alemania!

Alemania luchó y sufrió, toleró y soportó hambre, y luego, vilipendiada y escupida, sobrellevó la muerte cruel

Se alza una Nueva Alemania. ¡Una joven, una nueva! Ya la llevamos dentro de nosotros y sobre nosotros. El muerto, que está con nosotros, levanta su mano cansada y señala hacia la lejanía crepuscular:

¡Por sobre sepulcros adelante! ¡Al término está Alemania!

UN MUERTO HABLA

¿Dónde está el Reich por el cual hemos muerto?

El 3 de agosto de 1914 salimos al frente. Trabajadores y estudiantes, proletarios y empresarios. Un pueblo en armas. Desde la mina y el taller, del aula y de la oficina afluimos a las banderas, que ondeaban orgullosamente sobre una Patria libre. No combatimos y nos sacrificamos por acciones y valores bursátiles: vimos amenazado a un pueblo al que también pertenecíamos por nuestra fe. Durante cuatro años estuvimos afuera en el lodo y el hambre, tiosos de barro y de sangre. Jamás una generación tuvo que soportar algo tan terrible como nosotros. Pero también jamás fue defendido un destino tan grande como aquél por el cual arriesgábamos nuestra santa vida. Al lado nuestro caían amigos y camaradas. La muerte hizo terrible cosecha entre nosotros, pero no nos acobardamos. En cada tiro que tirábamos, en cada golpe que dábamos, en cada grito que gritábamos, tiraba y golpeaba y gritaba también algo grande y nuevo. Algo nuevo que presentíamos y experimentábamos, pero aun no veíamos y reconocíamos: ¡otra Alemania! La Patria estaba en peligro, adentro y afuera. Por la Patria estábamos prontos a sacrificar la vida.

Vino el día en que todo llegó a su fin. Fe, esperanza, miedo y peligro. Sólo la penuria quedó, la penuria gris. Marchó con nosotros cuando echamos al hombro los fusiles y comenzamos la marcha de la desesperación a la Patria que habíamos defendido hasta lo último y ahora sin embargo hubimos de perder. Afuera, en los frentes, dejamos a nuestros muertos, cuyos huesos se desvanecían en los sepulcros. Dios sólo sabe por qué hubo de ser así. Por qué al término de cuatro años de sacrificios vino el gran infortunio. Los caños de nuestros fusiles se enfriaron. No los adornamos con flores, porque los otros habían vencido, y nosotros fuimos forzados a ponernos de rodillas. Pero los corazones permanecieron ardientes, tan ardientes como el mar rojo que nos había rodeado en las batallas sangrientas de la gran guerra.

¿Qué habíais hecho de la Patria? Penuria y miseria y pecado y oprobio, donde habíamos dejado felicidad y vida y fortaleza y honor cuando partimos para proteger el Reich.

Un otoño frío pesaba gris sobre Alemania. Ni una risa nos salió al paso. La gente estaba parada, apática, junto a las calles y apenas nos saludaba. Un ejército vencido volvía engañado a una Patria engañada.

Los años ascienden y descienden. Los caños de fusil fríos son entregados y machacados, pero los corazones permanecen cálidos y siguen latiendo. Las tormentas se levantan, y las tormentas se van. Pero ningún rayo hiere el oscuro cielo de la Patria.

¡Desesperación! ¿Dónde ha quedado el vigor de este pueblo? ¿Nos hemos desangrado en Polonia y Flandes. ¿Es que todos los hombres de este Reich yacen enterrados?

Una bandera se alza. Joven y vieja. Colores victoriosos en nuevo acorde. El soldado desconocido empuña el asta de esta bandera y la lleva delante de un pueblo que despierta. Lentamente se levantan los viejos soldados y alzan sus manos que durante cuatro años abrazaron quemantes caños de fusil.

Un día cruel nuevamente. La bandera ondea. Dichoso aquél que está con ella. Sobre un paño rojo arde una palabra que habíamos olvidado: ¡honor! Por el honor marchamos una vez más, los que tantas veces durante cuatro años habíamos sangrado y sacrificado por él. ¡Oh, Alemania tenida en altos honores!

Una bala me atravesó el corazón. Ningún francés tiró tan certero como el hermano del propio pueblo. Dios sólo sabe por qué había de ser así.

Mayor no puede ser el amor que cuando uno da su vida por los suyos. ¡Recuérdalo siempre! ¡No por lo perecedero subimos. a la morada de los muertos, sino por lo imperecedero, por Alemania!

Os saludamos, los que estáis parados sobre nuestra sangre y lucháis. El cielo da la libertad a un pueblo cuando merece la libertad. Dios tendrá comprensión si vosotros mismos tenéis comprensión por vosotros.

¡Levantaos y exigid! Tenéis el derecho que hemos adquirido para vosotros: el derecho de los muertos sobre los vivos.

Pocas, pero castas nobles fundan de nuevo el Reich.

Nosotros hemos abierto el camino. ¡Vosotros habéis de terminarlo!

Los muertos marchan hacia adelante, jamás hacia atrás. ¡Las calles libres!

¡La joven Alemania se dispone a marchar! ¡Detrás de los muertos! ¡Adelante!

5-XI-1928



Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

**Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez**

**Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st**

